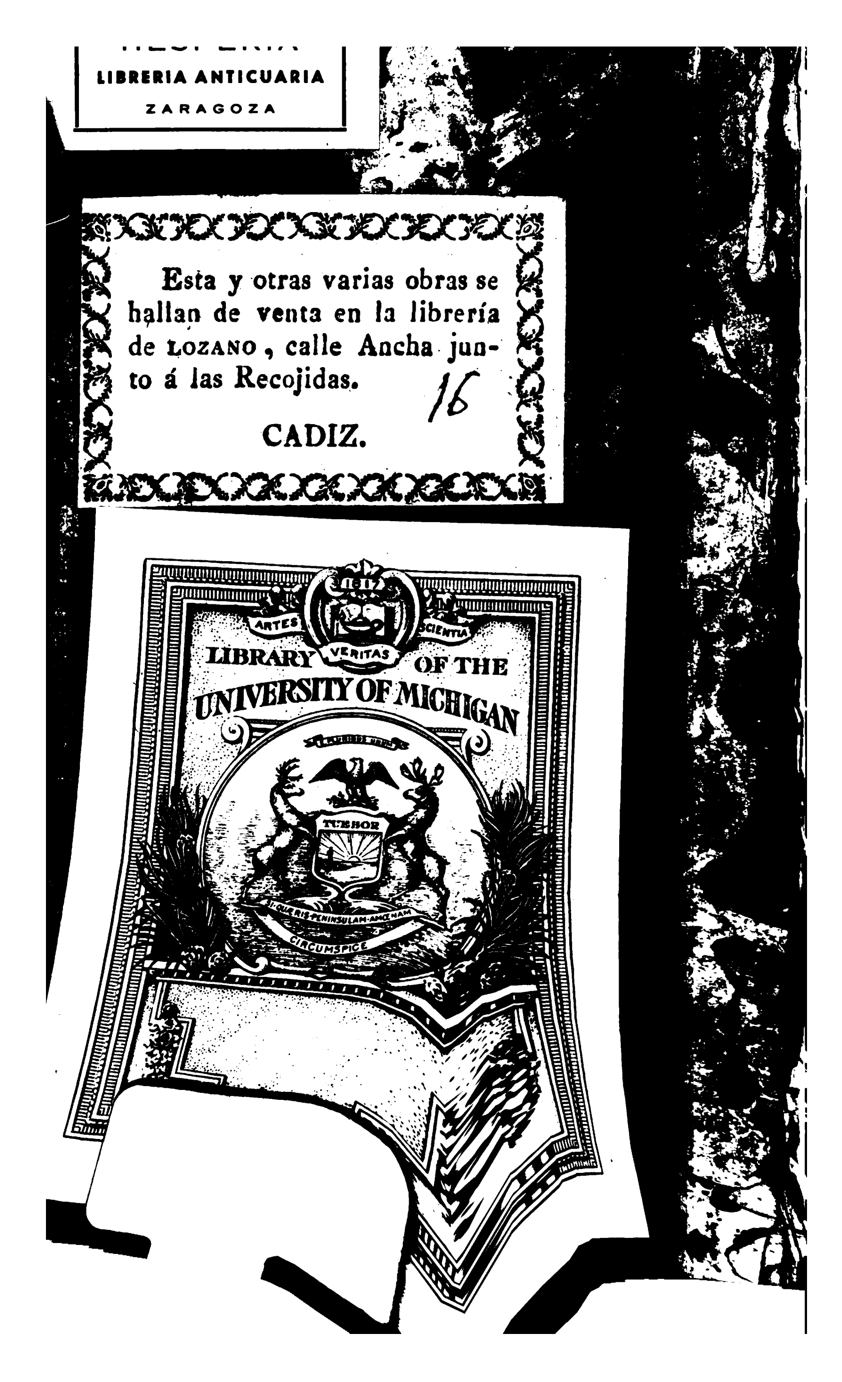


LIBRERIA ANTICUARIA
ZARAGOZA
Esta y otras varias obras se
hallan de venta en la librería
de LOZANO, calle Ancha jun-
to á las Recojidas.
16
CADIZ.
1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



RECREOS MORALES

DEL

CIUDADANO HÉKEL.

Se hallarán en la Librería de Oréa, frente de San Luis.

Hékel, J. M.

RECREOS MORALES

DEL

CIUDADANO HÉKEL,

SOBRE

LOS ASUNTOS MAS IMPORTANTES

AL HOMBRE,

TRADUCIDOS DEL FRANCES AL ESPAÑOL,

CON VARIAS NOTAS

PARA SU INTELIGENCIA Y CLARIDAD,

Por el Doctor D. Antonio Marqués y Espejo, Presbítero, Pensionado por S. M., y Colector de la Real Casa de Recogidas de esta Corte.

CON LICENCIA

EN MADRID POR DON MATEO REPULLÉS,

AÑO DE 1803.

Delectando, pariterque monendo.

Horat. de Arte poet.

NOTA DEL EDITOR.

Luego que llegáron á mis manos los Recreos Morales del Ciudadano Hékel, persuadido de la importancia y fruto que podia seguirse de su lectura, concebí la idea de trasladarlos á nuestro idioma; pero conociendo mi imposibilidad de poderlo executar con la propiedad y energía que corresponde, me dediqué á buscar quien lo hiciese, y en efecto logré la satisfaccion de verlos traducidos, á mi parecer, con la pureza y elegancia propia de la materia, del buen crédito del autor, y de la dignidad del público, á quien se presentan, en la confianza de que

los admitirá benignamente, supuesto que así para la traduccion como para la impresion no se ha escaseado gasto, ni diligencia alguna, á fin de que saliesen en todas sus partes con la perfeccion y hermosura posible.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

En la época mas desgraciada para la literatura, por el deforme abuso que de ella han hecho varios talentos de primer órden en casi todas las naciones cultas, intentando hacerla servir de cimiento á la corrupcion de los corazones de sus conciudadanos; la Filosofia de la verdadera razon ha sabido escogerse un sugeto sabio y valeroso, que, con la luciente antorcha de su enérgica eloqüencia, iluminase los espíritus de la multitud alucinada y casi enteramente confundida, por los cap-

ciosos sofismas con que los sectarios de la vida epicurista intentaban destruir la certeza de los dogmas mas interesantes á la sociedad. Este mortal dichoso es (segun la voz mas general) el C. Hékel, escritor público de París, y autor (existente hoy) de varias obras morales y políticas. Entre ellas, donde mas particularmente se encuentra el desempeño de la importante comision que aquí se le atribuye, es en la presente, que en aquella capital acaba de publicarse y recibirse, no solo como muy útil, sino tambien como una de las mas agradables; porque, además de que no es otro su fin que el de hacer sensibles por exem-

plos, y poner á proporcion de la corta capacidad de los lectores mas superficiales las qüestiones mas interesantes á la buena moral y al órden público, las presenta segun el método de Fenelon y Fontenelle, baxo la gustosa forma del diálogo, de la alegoría, del cuento, de un sueño, ó de una ficcion mithológica. No dexará de conocerse así por todo lector imparcial, subscribiéndose á mi voto, siempre que haya yo podido llegar al acierto en la traduccion de estos Recreos, de lo que no me lisonjeo verdaderamente, pues aunque poseo la facilidad en la elocucion de los dos idiomas, porque habitante en ambas naciones, los

he llegado á usar varios años, conozco las demas circunstancias que han de concurrir en el traductor, aun de las obras de los escritores vulgares, y en asuntos tribiales y comunes. Siendo pues el esestilo del célebre Hékel comparable con el de los escritores mas eloqüentes y enérgicos de la Francia, y sus argumentos los mas espirituales y metafisicos, ¿Cómo, sin la qualidad de literato, de poeta, de filósofo, y aun de teólogo perfecto, podria caer en nadie la temeridad de la propia satisfaccion por el trabajo de la traduccion, que yo he emprendido? La doy tal qual he podido desempeñarla, persuadido y cierto

del bien que de ella ha de resultar; y quando semejante deseo sirve de norte al escritor, es acreedor seguramente á la indulgencia general.

Ni pretendo por estas razones el exîmirme de la rigorosa crítica con que ordinariamente suele tratarse al que mas se desvela por la utilidad comun. Censúrenla en *hora* buena aquellos mismos que se toman la libertad de constituirse jueces despóticos de idiomas que no entienden sin la penosa é insuficiente fatiga de sus Diccionarios; de materias agenas enteramente de su carrera y profesion; y de escritores á quienes estan defraudando, por plagios indecentes, de

varias bellezas que no dexan ellos de destruir quando las intentan trasladar. Sí; censúrenla (repito) miéntras que preparo yo para los bien intencionados (cuyo buen corazon merece las atenciones del que se les semeja) la continuacion de esta misma obra, ampliada por su autor novisimamente con otro tomo; y pués que forman entrambos el código florido de la verdadera moral, haz de él, lector, el espejo de tus acciones, y cumplirás así con lo que debes, en el modo posible, á tu Criador, á tus hermanos, todos los demas hombres, en sus respectivas clases, y á tí mismo, á quien deseo la mayor felicidad.

PKIMER RECREO.

MERCOEUR Y VILLOCOURT,

ó

EXPOSICION DE ESTA PROPOSICION DE PITÁGORAS.

Que el hombre no puede hallar las fuerzas de que necesita para sufrir con constancia las miserias inseparables de su condicion, sino en la idea del Infinito.

INTRODUCCION.

Pitágoras llegó á comprehender que para consolar al hombre se necesitaba buscar fuera de su naturaleza una perfeccion de que ella por sí sola no es capaz: que solamente *la idea del Infinito* puede contenerle en sus justos límites, y que de ningun otro

modo mas que por ella puede él encontrar las fuerzas que necesita para sobrellevar con resignacion sus miserias humanas.

Por la idea del Infinito, Pitágoras entendia la exîstencia de la divinidad, y la inmortalidad del alma.

No es mi ánimo el hablar aquí de la exîstencia de Dios. Me propongo el tratar esta qüestion en otra parte, y me contento por ahora con referir esta sentencia de un árabe, citado por *Arbieux*. Le preguntáron otros un dia, que le encontráron en un desierto, cómo se habia asegurado del conocimiento de Dios. "Del mismo modo »(les respondió él) que conozco por »las huellas estampadas en la arena, »si ha pasado un hombre ó alguna »fiera."

Por lo tocante á la inmortalidad,

hay muchas personas, para oprobio de nuestro siglo, que la pintan como una creencia ilusoria, y que se burlan de las razones mas sólidas que la prueban de un modo infalible. No es tampoco mi intencion el amontonar todas las que apoyan este sentimiento, pues no bastarian varios volúmenes: me contentaré con presentar un pequeño diseño; pero suficiente para justificar á los dichosos partidarios de este dogma de nuestra naturaleza, y tal vez para cerrar la boca á sus contradictores.

El dogma de la inmortalidad acaso no es susceptible de una demostracion geométrica. Esta es una verdad de sentimiento, y que por la parte del raciocinio toca principalmente al resorte de la certidumbre congetural ó analógico.

Esta certidumbre tiene su orígen en una expresa disposicion de la naturaleza, que ha puesto al hombre en ciertas circunstancias, que le imponen la ley de atribuir á las cosas que no ha podido exâminar las propiedades que atribuye á otras cosas semejantes que conoce. La analogía es como una cadena que se extiende desde la conjetura hasta la evidencia. Así se ve que las hay de diferentes grados, y que todos los raciocinios hechos por analogía no tienen una misma fuerza.

Ántes del descubrimiento de la América, el movimiento diurno y aparente de los cielos habia conducido á los sabios al pensamiento de otro emisferio en la tierra. Si hay otro emisferio (decian ellos), es convexô como el nuestro; los cielos dan su

vuelta por los dos, y estan sin duda igualmente habitados. Este discurso es un exemplo de una conjetura de inferior grado. No hay en él cosa que la establezca, ni que la destruya. Sin embargo, se pueden, y aun se deben permitir otras semejantes, porque muchas veces tales conjeturas dan ocasion á los descubrimientos, como sucedió á Huyghens (1), sobre el anillo de Saturno.

Hay otra especie de analogía que concluye de la relacion de una cosa con su fin; y por esta especie de analogía nos convencemos de que las estrellas fixas son otros tantos soles que

(1) Christiano Huyghens, grande físico, y mayor matemático, nació y murió en la Haya. Fué el inventor de los reloxes de péndola, y de los telescopios mas perfectos que los que se habian visto ántes de su tiempo.

iluminan y calientan los globos de que son ellas el centro.

Voy pues á hacer ver como de la conjetura de la inmortalidad puede elevarse el hombre, no solamente á una grandísima probabilidad, sino á su total certidumbre. Para lo que noto: Primero, que el pensamiento es la propiedad que distingue el principio que reflexîona en mí, y que yo podria dudar de todo, pero no de si pienso; pues que esta misma duda es un pensamiento. Exâmino luego, qué es esto de pensar; y habiéndome asegurado bien de que la idea del pensamiento nada tiene de comun con la que me formo de la substancia extensiva, y aun mas, de que estas dos substancias se excluyen recíprocamente, pues que puede negarse al pensamiento lo que constituye esencialmente al cuerpo, co-

mo v. gr. el tener figura, el ser divisible y compuesto de partes, &c. concluyo de aquí que el pensamiento no es un modo de la substancia extensiva. Si no lo es se necesita indispensablemente que sea el atributo de otro sugeto, y por consiguiente que la esencia que piensa, y la substancia estensiva sean dos cosas enteramente diferentes. De esta oposicion nace la conjetura que el destino de mi espíritu puede muy bien no ser el mismo que el de mi cuerpo.

Segundo: observo que la esencia que piensa, y la substancia extensiva, siendo distintas, se sigue que la destruccion de la una no ha de causar la de la otra... Y ya hay aquí ciertos principios ó fundamentos de probabilidad; pero continuémos.

Tercero: conozco que la natura-

leza me ha comunicado ciertas facultades susceptibles de ser desenvueltas y perfeccionadas hasta el Infinito. ¡Sé que *la naturaleza nada hace en vano*, y sin embargo esta perfeccion no cabe en esta vida!.. Siento que la naturaleza ha impreso en mí un ardiente deseo de otra vida; veo que ha confirmado en mí la esperanza de ella, concediéndome el don de la prevencion. Hallo que este sentimiento es propio de todos los seres que piensan, á excepcion de un cortísimo número, que solo sirve á confirmar mas la regla; pues se encuentra en medio de los desiertos, en la cabeza de los negros, caribes, patagones y tártaros, como en la de los europeos. Noto que esta doctrina se ha derramado á un mismo tiempo por las islas del mar del Sur, y por la Laponia. En las voluptuosas

regiones de la Asia, y en los climas áridos de la América Septentrional, entre los vecinos de París, y los de las nuevas Hebridas. Sé en fin que *un sentimiento comun á todos los hombres*, no puede ser sino una disposicion de la naturaleza, y por consiguiente de Dios mismo su Criador. Concluyo pues al punto, que un Ser infinitamente sabio, é infinitamente bueno, no há podido imprimir en mí este deseo; *solo pór* burlarse ó desesperarme; y le miro como un sentido moral (llamémosle así), un sentido de distancia, un apéndice de mi facultad de preveer; y espero la vida futura con tanta mayor confianza, quanto los adversarios de esta doctrina no pueden oponer un argumento evidente á favor de la opinion contraria... Aquí la probabilidad sube ya á un alto grado de

persuasion... prosigo aun mas adelante.

Quarto: se me ha probado rigurosamente que estas partes visibles que yo llamo mi cuerpo, esta sangre, esta carne, estos huesos, estos miembros no son *yo*. Siento que son diferentes que *yo*. Yo soy lo que juzga, lo que decide en mí; y este *yo* no se compone de partes seguramente, porque la experiencia me enseña que puedo tener simultáneamente várias sensaciones claras, distintas, y muy diferentes entre sí, de modo que no tienen ninguna relacion entre ellas; pues ¿qué relacion hay entre la sensacion del oido y la del gusto, entre el olfato y la vista? Y sin embargo, este mismo *yo* es quien las padece; con que soy *uno*. Luego todo lo que es uno es indestructible... continuemos.

Lo que piensa en mi interior es

inmutable. Todo lo demas de mi ser está en una alteracion perpetua. Pero yo que formo este pensamiento, á mí se me ha probado por mi sentido interior, que en medio de estas mutaciones, yo me he quedado el mismo que era en el primer instante en que me acuerdo que empezó mi exîstencia. No sucede lo mismo á mi cuerpo. El que hoy tengo no es el mismo que tenia veinte ó veinte y cinco años ha. El cuerpo que tenia yo entónces perdióse ya por las secreciones, las transpiraciones de las enfermedades y accidentes fisicos que ha padecido; ¡pero yo, sin embargo, soy siempre el mismo! Las evaqüaciones cotidianas se han ido llevando sucesivamente todo el cerebro que yo tenia en aquella época; pero por eso yo no me acuerdo ménos de quanto hacia yo ántes de ha-

berle perdido; y á pesar de tantas pérdidas, ¡soy siempre *yo*! Segun esto, en mi muerte no sucederá otra cosa que lo que ha sucedido en el instante en que he dexado de tener el cuerpo que tenia veinte ó veinte y cinco años ha. Tampoco dexaré por eso de ser *yo*. Y quando cumpla los cincuenta ó sesenta años de mi edad, me constará que he sobrevivido muchísimas veces á mi cuerpo... Así no arguyo ya con una simple posibilidad, sino con una *actualidad*, con una experiencia varias veces repetida en mí mismo, y en todos los hombres que han vivido ántes que yo (1)... vamos á otras consideraciones.

(1) La fisologia nos enseña que el cuerpo humano se renueva enteramente en cada periodo de diez ó doce años: véase *Haller* en su obra intitulada: *Elementa Phisiologiæ*.

Quinto: este universo es la obra de un Ser infinitamente justo, é infinitamente poderoso. Este Ser ha querido que fuese la felicidad la recompensa de la virtud: que la desgracia fuese una conseqüencia de la oposicion del órden: que la felicidad y el órden fuesen inseparables; y estas dos cosas solo son en efecto separadas, quando algunas causas estrañas llegan á quebrar el nudo que las une. ¡Y sin embargo, el mal moral exîste, la virtud está oprimida, y el malvado triunfa!.. El Ser supremo exîste, y es infinitamente justo, é infinitamente poderoso!.. Con que es preciso que en otra vida, cuya realidad me prueban todas las cosas, el mal sea el precio del mal, y la felicidad el premio de la conformidad al órden, ó el Autor de nuestra naturaleza no seria sobe-

ranamente justo. Pues que su exîstencia, su poder y suprema justicia me están ya probadas por el sentimiento, por la conviccion del espíritu, y por la experiencia, con todos los demas géneros de evidencia, no me queda ya mas que hacer que sacar la conseqüencia, y decir que *la inmortalidad del alma es un corolario de la exîstencia de Dios*... Todo lector imparcial ve que la probabilidad no puede separarse de la certeza, y que el dogma de la vida futura está establecido sobre la evidencia de la razon, de la experiencia y del sentimiento... Y quando considero que á esta doctrina, no solamente no se opone ningun argumento invencible, sino que el mas fuerte en apariencia que se forma de la disolucion del cuerpo, es el mas débil en realidad, y que el otro que

tanto se repite diciendo: *¿por qué se ha de creer la otra vida? ¿acaso ha venido alguno de allá á probarnosla?* es una niñería; no dudo ya en atenerme á la certeza que hallo en mí mismo.

Mi intencion en el Recreo siguiente, intitulado *Mercoeur y Villocourt*, es la de hacer ver las preciosas utilidades, é indispensable necesidad que acarrea á un ser finito y perecedero, como es el hombre, el dogma consolador de la inmortalidad. Presento en él algunas ideas sanas sobre la muerte, y establezco tambien sobre la multitud de bienes y males de que está mezclada nuestra vida, é igualmente sobre su recompensa ó castigo, varios principios que podrán servir de respuesta á las objeciones de los atheistas, que hallan por lo comun esta repeticion tan ridícula y mal equilibriada.

RECREO PRIMERO.

MERCOEUR Y VILLOCOURT.

HISTORIA EN DIÁLOGO.

Cerca de la ciudad de Metz, á la parte opuesta de los ricos comunes de Montigni y Jouy, sobre la altura de un monte, desde donde se alcanza á ver el risueño valle que el rio Mosella riega, ántes de que bañe los muros de dicha ciudad, y junto á aquel aqüeducto (1), monumento famoso de la grandeza de un Rey, y señal eterna de su entrada en mi patria, vivia en una granja suya un Mariscal de Campo retirado ya del Real servicio. Llamábase Mercoeur: pasaba de los sesenta años de su edad: habia servido

(1) Llamado hoy el aqüeducto de Jouy.

en los últimos tiempos de Luis XIV, y creia firmemente que morir por su Soberano ú por su patria era todo uno. Semejante al anciano de Jersey, desengañado ya de las ilusiones humanas, libre de cuidados, y deseóso de hallarse á sí mismo, habia

...... De la corte distante
encontrado la paz, de que era amante (1).

Daba aumento al valor de su corta hacienda, y dedicaba á la filosofia y las letras todos los instantes que podia quitar á sus obligaciones domésticas. Como sus medios no eran susceptibles de mucho gasto, huia de los grandes concursos de gentes, y limitaba su trato á la sociedad de dos ó

(1) Creo que son del poéma intitulado la *Henriqde* estos versos que pone así nuestro autor Hekel... *Loin de la Cour, Trouvè la douce paix, dans cet obscur sejour.*

tres amigos escogidos, de cuyo número era, hacia ya algun tiempo, un jóven, Consejero del Parlamento de Metz, llamado Villocourt, por quien tenia una predileccion muy particular, que éste se merecia seguramente.

Era Villocourt uno de aquellos hombres á quienes prodigó la naturaleza las disposiciones mas dichosas para todo lo útil y bueno. Carecia de este ayre de ligereza, de que con tanta razon se acusa á nuestra juventud. Tenia mas fuego en su corazon, que viento en su cabeza. Era mas reflexîvo que alegre, y mas sensible que expresivo. Tardaba en recibir las nuevas impresiones; pero las que habia ya recibido estaban gravadas muy profundamente en su alma. Y como la Providencia le habia dotado de la mayor felicidad que puede conceder á

qualquier mortal, que es la de haber nacido de padres virtuosos, y haber recibido una buena educacion, estas circunstancias, unidas á sus prendas naturales, hiciéron de él con tiempo un hombre destinado á honrar su especie, un Magistrado incorruptible, zelador intrépido de los derechos de su nacion, un defensor nato de la inocencia, y la desgracia, en una palabra, un amigo digno de Mercoeur.

El corazon de Villocourt habia amado una sola vez, y como debia esperarse de un hombre tan fino como él, su llama se habia encendido por la señorita mas graciosa, y de mas talento y mérito que habia en Metz. Su nombre era Elvira, hija del Presidente Baqueville, que estaba entonces en la misma Sala en que fué recibido por Consejero Villocourt.

Los obstáculos que se oponian á su matrimonio con Elvira parecian invencibles ; pero lo que apaga el amor en las almas vulgares, no hizo mas que servir de aumento en la de Villocourt. Elvira, que tuvo ocasion de verle en casa de sus padres, no tardó en apreciar su mérito. Decidióse su corazon á favor de él, y le declaró en fin que le anteponia á sus rivales.

Por desgracia Elvira era riquísima. Sus padres se creían que sus atractivos, sus bienes, y quatro millones de dote que la destinaban, podian hacerles aspirar á la alianza de una de las mejores casas de Francia. Su amor á Villocourt expuso á Elvira á mil persecuciones de su parte ; pero ella les declaró con una respetuosa firmeza, que ningun tratamiento bueno ó malo, ni ninguna autoridad del mundo

bastarian á hacerla casar con otro, y que estaba pronta á escoger entre Villocourt ó un claustro.

La constancia de Elvira, habiendo precisado á sus padres á despedir la mayor parte de los concurrentes distinguidos que aspiraban á su mano, un suceso inesperado vino á servir de apoyo á sus deseos. Una señorita jóven de su misma parentela, que acababa de casarse, apénas hacia aun seis meses, con un Par del reyno, veía ya deshacerse sus riquezas en los gabinetes de las cortesanas, brillando sus diamantes sobre el seno de las actrices y bailarinas de la ópera. Los padres de Elvira abriéron los ojos sobre las prendas preciosas de Villocourt. Recibiéronle ya como amante de su hija, y de allí á poco tiempo uniéron su suerte. Estos dos esposos, cuyos

obstáculos y resistencia solo habian servido á irritar mas su llama, recogiéron por último en sus éxtasis inexplicables el precio de su constancia, y se saboreáron lentamente con la copa deliciosa, sazonada por la esperanza y la contradiccion.

Elvira se hallaba en cinta despues de varios meses: Villocourt pensaba con arrebato en la felicidad que iba á tener prontamente con ser padre. Su espíritu y su corazon se embriagaban de esta dulce idea, quando llegó ya el instante que él esperaba, con un temor igual á su impaciencia. Dió á luz Elvira una criatura. No puede explicarse el gozo de Villocourt; pero era un regocijo austero, que le hacia sentir toda la extension de las obligaciones que le imponia el nacimiento de un hijo, poniendo por testigo

al Autor de su ser, de que cumpliria con todas.

El parto de Elvira fué dichoso; pero algunos accidentes funestos acarreáron varios síntomas, que no tardáron en manifestar el peligro de su vida. En todo aquel tiempo no se apartó Villocourt de la cabecera de su esposa, y fué siempre el testigo inquieto y desolado de todos los combates que la daba la muerte. En fin, cedió la naturaleza. Muy próxîma á exhalar ya su último suspiro, Elvira hizo ver sobre sus labios una triste sonrisa; y tomando con su moribunda mano la de su esposo, la llevó sobre su corazon; y mirándole con un tierno dolor, articuló con esfuerzo estas últimas palabras: ¡Villocourt, acuérdate siempre de nuestro amor!..

Jamás la voluntad de un mori-

bando fué confiada á una memoria fiel tan de veras como en esta ocasion. Villocourt dió todas las disposiciones que exîgian sus funerales, con una perfecta tranquilidad. Contempló por algunas horas las reliquias inanimadas de la que habia amado tanto, sin derramar ni una lágrima. Se retiró por entónces á su gabinete, acusándose de su insensibilidad; pero al dia siguiente del entierro, vió casualmente un collar de perlas que habia regalado á Elvira el dia de su cumpleaños; y esta memoria despertó su corazon del letargo en que estaba sumergido. Le echa el dolor por tierra, cae, y arroja un torrente de lágrimas.

La vista de su hijo, causa inocente de la muerte de su madre, vólvia á abrir sus heridas á cada instante con un dolor indecible. Sin em-

bargo, este era el único consuelo de que era susceptible en su desesperacion. Ya brillaban sobre su rostro las dulces y amables facciones de Elvira, y cada dia sobresalian mas. Villocourt no podia verle sin sentir una emocion profunda, causada por la pena mas aguda, y el arrebato mas dulce. Amábale de algun modo con un doble amor, nacido de dos afectos contrarios; y el sentimiento de la pérdida hacia mas vivo el de la posesion.

En pocos años, Teodoro (así se llamaba el hijo de Elvira) llegó á ser el niño mas amable de la ciudad, y el único objeto de envidia de todas las madres. La belleza de sus gracias infantiles sacaba un nuevo resplandor de la sencilla alegría, y de la cándida franqueza que veía en su rostro.

Villocourt dedicó todos sus cuidados á la educacion de su precioso niño; y tuvo el gusto (tan dulce y raro en los hombres de su estado y riquezas) de verle criarse rápidamente, pasando de una á otra perfeccion. Teodoro crecia á la vista de su padre, como una tierna flor baxo la influencia benigna del astro que la hizo brotar. Ya principiaba él á soltar sus pequeñas ideas, y los movimientos generosos de su alma inocente, con tal gracia y facilidad, que encantaban á Villocourt y sus amigos. Ya empezaban á brillar en este niño los rayos preciosos del ingenio mas justo, y del corazon mas bueno y sensible, quando le acometiéron las viruelas, este azote temible de las generaciones que nacen. Despues de haber padecido por varios dias los dolores mas crueles, y de ha-

ber luchado con sus horribles convulsiones, espiró al fin.

Presenció Villocourt los sufrimientos y el fin de este desgraciado niño (que le alargaba sus manecillas, pidiéndole el alivio que no podia darle), así como habia presenciado la enfermedad y muerte de Elvira.

Este último golpe fué para Villocourt mucho mas sensible que el primero: le abrió todas sus llagas, y le sumergió en un abismo sin fondo. Como habia perdido los dos seres, cuya exîstencia formaba la suya, no sabiendo ya á quien apasionarse, le era todo insoportable. Ni aun podia sufrirse él, porque el que tiene la desgracia de no amar fuera de sí, dexà bien pronto de amarse á sí mismo. Todo el fuego de aquella alma expresiva que salia de él, como en tor-

rentes, que se agotaba y se renovaba sin cesar en los brazos de los amados objetos de toda su ternura, reconcentrado ahora en su interior, abrigaba en el secreto y el silencio estas negras blasfemias. Estos desahogos tenebrosos, por donde el hombre cree que se venga de la divina Providencia, quando juzga que le castiga injustamente. En medio de sus angustias y su desesperacion, su imaginacion no le representaba este mundo sino como un teatro de horrores y de miserias. Él se creia como arrojado de repente en un basto caos, donde no veía mas que mal, injusticia y desórden. Y así es, como alimentando en su corazon el despecho y la rabia, pasaba sus dias sobre la tierra, así como un esclavo en poder de un tirano, á quien aborrece y detesta.

La voz única que hallaba aun alguna acogida en su corazon era la de Mercoeur. Este digno anciano conoció prontamente en los discursos desordenados de su amigo, el estado deplorable á que se veía reducido. Comprehendió tambien la necesidad que tenia de que se le contemplára, y evitaba el hablarle de sus pérdidas. Procuraba solamente, ya de un modo ó ya de otro, dispertar su sensibilidad, distraerla con otros objetos, y divertir en fin algun tanto sus penas, haciéndole caer, como por casualidad, quando le hablaba, en algunas ideas capaces de producir alguna revolucion en su alma; pero haciéndose Villocourt mas y mas tétrico y despegado, Mercoeur se arrepintió de sus contemplaciones. No veía en ellas mas que una crueldad imponderable, si no se

daba priesa á procurarlas un término. Resolvió, pues, curar, si podia, las heridas de su amigo, ántes que su veneno infectase los principios de su vida; y que sus reconcentrados furores no acabasen de perturbar su razon. Se presentó la ocasion á muy poco tiempo. Vino Villocourt á verle, aunque por mera razon de política, pues no podia dispensarse por mas tiempo de corresponder á las varias visitas que le habia hecho Mercoeur desde la muerte de su hijo.

Mi amigo, le dixo Mercoeur, con el acento mas afectuoso, mirándole con ternura, y estrechándole contra su corazon: ¡hay algo en vuestra alma que está tan trastornada! Villocourt, ¡haceis muy mal en encerraros dentro de vos mismo! Abrid vuestro corazon á un amigo; y si me merezco esta

confianza, por los sentimientos que os he dedicado desde que os conozco... Villocourt, ¡descubridme vuestro corazon!.. ¡Me habeis llamado tantas veces con el nombre de padre!.. Además, amigo mio, tambien he vivido en el mundo, y he sido en él desgraciado!

¡Quién!.. ¡vos infeliz! le replicó Villocourt, con el tono de un hombre agoviado por sus propias desgracias, hasta el extremo de haberle ellas quitado toda su sensibilidad para con las *de los otros.*

MERCOEUR.

La Providencia se habia complacido en derramar sobre mí todos los dones de la naturaleza y la fortuna. Me habia dado una esposa tan amable como hermosa, con hijos queri-

dos, y dignos de serlo; y para que nada faltase al colmo de mi felicidad, me dió tambien un amigo. Despues de haber gozado por muchos años de una prosperidad constante y pura, me ví condenado á llorar á mi esposa. Apénas se habian enjugado mis lágrimas, volví á derramarlas de nuevo sobre las cenizas de un hijo y una hija, únicas prendas de mi amor. Me agoviaba el peso de mi dolor; mi amigo estaba ausente; como que el cielo se apiadó de mí. Vernanges, aquel amigo tan querido mio, vino donde yo estaba: me arrojé á sus brazos, derramando un torrente de lágrimas, que aliviáron mi afliccion. Empecé á hallar expresiones para desahogarme en el seno de la amistad; pero me faltaba aun una nueva desgracia: Vernanges habia vuelto de su viage

con el principio de una enfermedad cruel, y murió. Ya no tuve entónces llanto alguno que verter: una desesperacion rabiosa me desgajaba secretamente el corazon. No sentia en mí mas que una sola necesidad, la de arrastrar mis tristes miradas sobre el sepulcro de todo lo que habia amado... ¡Villocourt! ya veis que he sufrido quantas penas pueden desgajar un corazon humano. ¡Veis que sé (á propia costa) quán terrible es el ver uno desaparecer sus mas dulces esperanzas, quando menos se espera, y el ver romperse, á un solo tajo, todos los nudos que nos liaban á la vida!.. En el colmo del infortunio, me creía poder desafiar á la misma desgracia, y sin embargo, amigo mio, me faltaba aun que apurar la copa. Llegó todavia tiempo en que probé ciertos males de di-

ferente género, pero no ménos crueles; sí, llegó el tiempo en que algunos amigos que poseian toda mi confianza, unos hombres á quienes habia yo colmado de favores, me vendiéron, me persiguiéron, me calumniáron, y me priváron horriblemente de todos mis bienes. ¡Yo blasfemaba contra la naturaleza humana, y aun contra la virtud!.. ¡Ó virtud (gritaba yo), tú no eres sino un nombre vano!.. y vivía entre mis semejantes, como en medio de unos malvados; lo mismo que si viviese entre una tropa de furiosos!..

VILLOCOURT.

¡Y qué! ¿no habeis llegado ya á poner fin á esos horrores?..

MERCOEUR.

Busqué vanamente en los libros de los filósofos los socorros que nos prometen con tanta ostentacion. Estos me engañan, exclamaba yo, y ya estaba alzando el acero sobre mi pecho, quando se me apareció la religion en la persona del mas venerable de sus Ministros: ¡detente, me dixo, toma este libro, y léele!.. Leí aquel código sublime, *el don mas excelente que pudo la divinidad hacer á los hombres* (1);

(1) Estas son las expresiones de que usa el célebre Montesquieu hablando del Evangelio.

y la calma se restableció en mi alma. Meditando en él la vida del hombre Dios, pobre y afligido, olvidé pronto la pérdida de mis bienes, y derramé sobre el sepulcro de mi esposa, de mis hijos y amigo, no ya lágrimas de desesperacion, sino de una dulce resignacion... Pero ántes de llegar á este punto, ¿qué me ha faltado que sufrir? Villocourt, no hay tal vez otro que vos mismo, capaz de formarse una idea perfecta de mis penas!.. Ó, amigo, ¡si conocieseis por experiencia este estado terrible como yo!..

VILLOCOURT.

¿Y qué diriais si conociese yo otro mas terrible aun?.. Puede uno huir de las gentes, y separarse de los perversos. ¿Pües qué? ¿no hay montes y

desiertos?.. pero Mercoeur... (*Aquí calló, y miró al cielo suspirando*).

MERCOEUR.

Vaya, Villocourt: ¿Qué?..

VILLOCOURT.

¿Para qué os he de decir lo que me es tan doloroso de pensar?.. (*Volvió otra vez á callar; se estremecia, y su alma tenia tal agitacion que se comunicaba á su cuerpo: despues volvió á decir con la mayor energia*:—) Pero, ¿y qué arbitrio hay para poder huir de Dios?.. (*Se levantó en el instante tomó el camino del jardin para dexar una conversacion que le afligía mas. El anciano le seguia á toda priesa*).

MERCOEUR.

Os tengo en mis brazos, Villocourt, y por ahora no os dexaré escapar. Venid aquí, abridme vuestra alma enteramente: habladme como si hablaseis con vos mismo. Pensad recio conmigo... ¡Estais disgustado de Dios!..

VILLOCOURT.

¡Cierto que deberia causar admiracion el que lo estuviese!

MERCOEUR.

Mas deberia admirar el que tuvieseis razon para estarlo. Pero no, Villocourt, *(con el tono firme de la conviccion)* no, ni creo que lo esteis, ni

que debais estarlo. Disgustarse de Dios seria disgustarse de todo lo que es perfecto, de todo lo que es bueno ¡y cómo una criatura racional!.. Explicaos con vos mismo, y vereis, amigo mio, que tan solo de la idea que os habeis formado de Dios es de lo que estais disgustado. Reflexîonad sobre la importancia de esta distincion. Si la razon de vuestro discurso se hallase en Dios mismo, en este Ser Omnipotente, dueño absoluto de su criatura, ¿qué remedio habria ya en vuestros males? ¿Cómo se mudaria el órden de este mundo, y se suspenderia el curso de este torrente irresistible que nos arrastra?.. Pero si vuestro disgusto se funda solamente sobre las falsas ideas que os habeis formado del Ser Supremo, aun podemos esperar. Apartémonos, pues, de todas

estas nociones falsas, y busquemos el verdadero punto de vista en que debemos mirarle.

Al decir esto, habian llegado hácia la parte del jardin de Mercoeur, donde la altura sobre que estaba construida su casa, formaba una pequeña cuesta que caía hácia el valle. Mercoeur fué llevando á su amigo con todo cuidado al lado de una sombra que daban unos altos castaños: allí le hizo sentar sobre una pradera de trevol; y extendiendo sus brazos hácia el paisage pintoresco que descubria su vista, procuraba hacerle notar aquel mapa tan agradable.

Ya habia recorrido el sol mas de dos tercios de su carrera. Estaba muy claro el dia, el aire puro, y el cielo sereno. Se alcanzaban á ver al lado del norte las altas torres de la ciu-

dad de Metz, y el palacio consistorial: al oeste la cordillera de los molinos, la montaña de San Quintin, los jardines y las alamedas de San Martin; y al occidente los verdes prados que riega el rio Mosella.

Quanto alcanzaba la vista era todo una deliciosa perspectiva, sembrada de risueñas campiñas, y de alquerías florecientes, y cubierta de numerosos rebaños, de mieses doradas, y de viñas frondosas que prometian ya las vendimias mas abundantes.

El reflexo de la luz sobre las ondas enriquecía el quadro con mil episodios bellísimos. Los arcos del aqüeducto se representaban dibujados sobre el esmalte de la madera, y sobre las playas azules del rio. La superficie del Mosella se parecia al cielo estrellado. Sus mansas aguas estaban

sembradas de puntas relucientes. Quando un zéfiro suave removia la superficie, cada surco brotaba un rayo de luz. Entónces estas chispas brillantes se encadenaban, se cruzaban, y se alargaban, formando á la extremidad del orizonte un mar reluciente y plateado. Las flores del prado, vistas desde alguna distancia, parecian alternativamente de un color roxo obscuro, y morado azulado, segun sus diversas ondulaciones.— (*Aquí Mercoeur, mirando á su amigo, le dixo con energía*).

MERCOEUR.

Vaya, Villocourt, acusad á la Providencia: queda de mi cuenta el justificarla.

VILLOCOURT.

¡Cómo! ¡Mercoeur! ¡Un átomo habia de acusar al Ser Infinito! ¡Se habia de revelar la criatura contra su Criador! ¡Ó! Dexádmela adorar en silencio... ¡Dios está en mi palabra!..

MERCOEUR, *(con viveza.)*

¡Y tambien en vuestro pensamiento!.. Conozco, amigo, qué sentimientos...

VILLOCOURT.

Pero, vamos, aunque yo hablase!.. ¿sois capaz de borrar mis dudas, disolviendo mis dificultades?

MERCOEUR.

Todas, amigo mio, sí, todas: estoy, como veis, con un pie en la sepultura. Empecemos con estas disputas importantes. Me quedan pocos dias de vida; y sentiria que no alcanzasen para... Es el ingenio del hombre tan fecundo y sutíl quando trata de juzgar al autor de su ser... En fin, ¿son las crueles perdidas que habeis padecido, las que os desgajan el corazon, ó algun grande desórden que notais en la naturaleza?

VILLOCOURT.

¡Vamos, Mercoeur!.. pues que lo quereis, voy á hablar... ¡Me arrancais mi secreto á pesar mio!.. No,

amigo mio, creedme, no es la pérdida de todo lo que yo amaba, lo que me hace tan infeliz. Ya no viven mi esposa y mi hijo, y he sabido ahogar mi dolor... pero su muerte horrible ha sido la causa de que haya yo dexado caer mis miradas compasivas... y aun estaba para decir, desesperadas, sobre la humanidad, y sobre toda la naturaleza. ¡Ay Mercoeur! para ser dichoso se necesita no pensar; se necesita que para serlo el hombre, ó sueñe ó se enloquezca. Á qualquier parte que mire no descubre sino la muerte. No hay para él, movimiento, fuerzas, ni vida en la naturaleza, que no se acaben por la nada. Esos acentos de alegría, esas risas desentonadas, que resuenan junto á nosotros, se convierten en lágrimas y lamentos. Las gracias seductoras de

la hermosura, la dulce sonrisa de la amistad, el colorido vermejo y fresco de la juventud, no son mas que unos veloces emisarios de los dolores de la muerte. Como que parece que la naturaleza produce solamente para complacerse con el bárbaro deleite de la destruccion. El genio de la creacion no es otra cosa que el precursor del ángel de la muerte. En quanto el primero ha llamado á los seres á la vida, el segundo les está ya esperando para devorarles. La esperanza de una felicidad que se pierde siempre, mucho ántes de que suceda, solo nos hace la vida amable para enseñarnos á temblar delante de la terrible idea de la aniquilacion... Y quando considero la extensa nomenclatura de las miserias que asaltan á la pobre humanidad, desde los primeros gemi-

dos del niño que entra en el mundo, hasta el último suspiro del viejo que sale de él; los horrores de la necesidad, los sufrimientos del cuerpo, y las penas del alma, mas crueles aun; quando oigo los lamentos de las viudas, de los huérfanos, los gritos de los esclavos que sacuden sus cadenas sin poder quebrantarlas; quando á cada palmo de tierra que veo puedo decir: tú eres el sepulcro de mil de mis semejantes, cuyo destino fué el de nacer, padecer y morir: ¡á cada átomo que vuela por delante de mis ojos: tú has sido un niervo de un ser sensible, y temblaste al ver la muerte! quando vivo en este mundo como en un cementerio; quando no veo en él, sino que el basto sepulcro de toda la naturaleza, ¿cómo quereis que tenga contento ni felici-

dad? He visto como se han destruido mis afectos mas dulces. He perdido la idea con que tanto tiempo, y tan vanamente me habia lisongeado de una bondad infinita que vela sobre la naturaleza: jamás la recobraré... solo me queda ya la de un poder que horroroso y terrible... Ahora mismo alargábais vuestros brazos hácia esos valles floridos, como queriendo que fuesen ellos una suficiente respuesta á mis réplicas; pero esa misma hermosura, esa vida que se mueve por todas partes, ha salido de la corrupcion, y no tardaré en volver á ella. Ya se acabó, amigo: no hay ya placer para mí. La naturaleza perdió sus encantos...

MERCOEUR.

¡Á la verdad que sois bien desgraciado! Pero ¿cómo es, que esa misma naturaleza que os parece ahora tan grosera y tan triste, fué en otros tiempos el objeto de vuestros arrebatos y de vuestra admiracion? Acordaos de aquellos dichosos dias en que sobre este mismo prado de trevol, á la sombra de estos mismos castaños, os sentábais al lado de vuestra Elvira. ¡Qué perspectiva de felicidad y de délicias se ofrecia entónces á vuestra alma encantada! ¡Qué separadas estaban de vuestra idea las imágenes del infortunio y la muerte!....

VILLOCOURT.

¡Ah! Teneis razon, Mercoeur: no lo olvidaré jamás. Aquellos fuéron los dias de mi ventura; ¡ay! aquellos instantes tan rápidos y cortos!... Pero, ¡y qué! una imaginacion seducida por las apariencias puede soñar de los Elysios en los mismos desiertos.

MERCOEUR.

¡Si!... ¿La imaginacion puede en efecto obrar tanto prodigio? ... Pues en esa suposicion podria tambien hacerse un desierto de un Elysio. ¿Y os dexais arrastrar de tan falsas inspiraciones? ¿Quereis seguir ciegamente una guia que solo vive de errores, que no se alimenta mas que de ilusiones, y

que se pierde casi siempre en el océano de las quimeras? Si yo os dixese que no está el mal en la naturaleza, y que el pensamiento de la muerte no es por sí mismo temible, caminaria yo contra mi sentimiento interior. Conozco lo que tiene de penoso el destino de un ser limitado y perecedero. No pienso de diferente modo que vos mismo en esto. Por lo regular tiemblo á esta idea, y comunmente mas se apodera ella del débil y tímido viejo, que del jóven en la flor de su edad. - Pero, ¿no convendreis conmigo, amigo mio, en que la vida tiene sus placeres, y placeres inexplicables? Vos mismo, á quien el cielo se los concedió, en tiempos mas dichosos, tan grandes y multiplicados, ¿os atreveriais á ser harto ingrato hasta negarlo?

VILLOCOURT.

No, Mercoeur, no: no niego yo eso.

MERCOEUR.

¿Con que la vida tiene sus placeres?

VILLOCOURT.

Bien, sí; pero son un abrir y cerrar de ojos: sueños de un instante.

MERCOEUR.

¡No seais injusto, Villocourt! No son esos placeres ni mas cortos, ni menos reales que vuestras penas... La lágrima de deleyte que brillaba en vuestro párpado enternecido, quando es-

tabais aquí sentado con vuestra Elvira, apretando sus manos entre la vuestra, y cruzando con la otra su talle encantador, ¿era acaso ménos real y efectiva que esa otra lágrima de dolor que la que está cayendo ahora por vuestra mexilla?... ¿y esta última no se enxugará tambien como se secó la primera?... Sí; la exîstencia tiene sus delicias, y delicias reales é innumerables. Toda la dificultad se reduce, en fin, á esta qüestion: *Si la pena excede al placer, y si la vida merece ser deseada al precio que la muerte la da....* Si no os decidís á favor de la afirmativa, amigo mio....

VILLOCOURT.

No seguramente. No espereis que me decida por ella ; ni hay en mí razon para ello. Todos los males de la humanidad me rodean, presentándose á mí con una escolta tan terrible, y baxo de formas tan horrorosas. Veo en la vida algunos placeres, por intervalos ; pero, ¡qué placeres, Dios mio! ¡qué raros é imperfectos!

MERCOEUR.

Así habla el hombre agoviado del peso de su miseria. Yo podria muy bien responderos, que la vida de innumerables millones de hombres es mas dichosa que la vuestra ; pero no : hablamos de la vuestra, y quiero limitarme

á ella.... ¿Con que os creeis, que no habeis gustado sino de muy pocos placeres en vuestra vida?

VILLOCOURT.

¿Y cómo no he de creer aquello de que estoy muy cierto?

MERCOEUR.

Os engañais, Villocourt.

VILLOCOURT.

Eso es lo mismo que decir, que mi sentimiento interior me engaña: sin embargo, ¿á qué otro testigo he de apelar yo, mas que al de mi sentido, quando se trata de los placeres ó de las penas, de la felicidad ú desgracia?

MERCOEUR.

Pero ese mismo sentimiento....

VILLOCOURT.

(interrumpiendole con enfado.)

Está en el fondo de mi corazon, y no hay en el mundo ningun sofisma que pueda arrancarle de allí.

MERCOEUR.

Tampoco quiero yo argüiros con sofismas. El sentimiento íntimo es sin duda el juez competente de los afectos presentes de nuestra alma; pero no por eso debe sentenciar sobre lo pasado, ni sobre lo presente,.. ¡querido Villocourt! La obscura nube, pendiente sobre vuestra cabeza, altera la serenidad de vues-

tra alma, y vierte sobre vuestros bellos dias un vapor siniestro que marchita su resplandor. Si dirigís vuestras miradas hácia los últimos años de vuestra vida, la memoria de vuestras crueles pérdidas os consternará á primera vista. ¡Y el presente! ¿qué es para vos el presente? El tránsito del dolor á la pena. Así imprimís á vuestro mal un carácter horroroso; y porque vuestras penas son irreparables, ¿quereis ya que las conseqüencias sean eternas? En una situacion tan deplorable como la vuestra; en una situacion en que las desgracias se acumulan y multiplican baxo de las diferentes formas que vuestra sensibilidad las presta; miéntras que los placeres pasados, ó sus imágenes, no se presentan á vuestra idea, sino que por largos intervalos, como unas pocas estrellas en un cielo nublado; ¿cómo po-

deis referiros sobre esto al testimonio de vuestro sentido íntimo? ¿Cómo habeis de poder decidir sobre si el mal excede al bien; si merece la vida ser comprada al precio de la necesidad de morir?... ¡Ó Villocourt, si no me temiese el abrir vuestras heridas!...

VILLOCOURT.

¡Abrir mis heridas!...

MERCOEUR.

¡Pues bien! Escuchadme... Yo quisiera ahora, que intérprete de la divinidad, me encargase ella de deciros en su nombre y con su propia autoridad: – Villocourt, yo me arrepiento de mis decretos. Quiero que tu vida no sea diferente de la de la mayor parte de los

mortales. Toma, ahí tienes tu esposa: te vuelvo tu Elvira: mira en sus brazos el niño querido que la causó la muerte!–Yo supongo que en el mismo instante vieseis en efecto los dos seres, tan amados de vuestro corazon, y cuya pérdida os ocasiona tantas lágrimas. Miéntras que en la embriaguez de vuestros sentidos satisfaréis vuestros arrebatos, estrecharéis contra vuestro pecho á vuestra esposa resucitada, y la preciosa prenda de vuestro mutuo amor; esperaré yo á que las efusiones de la alegría y del sentimiento os hayan vuelto en sí. Entónces, cogiéndoos la mano, os diré: Villocourt, ¿quál de los dos vence en la naturaleza el placer ó la pena?... ¡Oh, y qué pronto se olvidaria lo pasado! ¡Con qué rapidez el nubarron que obscureció vuestros dias se convertiria, disipándose, en un impercep-

tible vapor! Pues ahora os pregunto: ¿este acontecimiento mudaria en algo la economía de la vida presente? ¿Cambiaria él siquiera las apariencias? En nada, lo mismo que el golpe imprevisto que traxo del fondo de la Palestina á los brazos de la sensible Adela, á su fiel Crequi, cuya muerte lloraba diez años habia (1). Vuestra vida y vuestras desgra-

(1) La suposicion que hace aquí el Autor no puede tenerse por quimérica ó ideal solamente. Este placer puede exîstir, y le han disfrutado varias personas, que se han encontrado en situaciones semejantes á la de Adela de Renti. Mr. d' Arnaud-Baculard ha compuesto de este argumento cierto una preciosa novela (intitulada: *Le Sire de Crequi*) en su obra de; *Experimentos de sensibilidad*, que tenemos muy bien traducida en nuestro idioma por el Caballero Corradi; aunque interrumpida esta traduccion en su tomo nono, juzgo que no llegó á la que se acaba de citar.

cias pasadas ¿no serian las mismas? ¿Y podreis vos mismo, ú otro qualquiera en vuestro lugar, preveer el destino que os aguarda en lo venidero? - Villocourt, os diria yo todavia: el sentimiento delicioso que acabais de tener ¿merece la pena de que se sobrelleve la desgracia? ¿Merecia que le compraseis á precio de quanto habeis sufrido? ¿Qué son ahora aquellas penas de que tanto os quejabais? ¡Qué peso tan enorme es este aumento de placer en la balanza de los bienes y males, y quanto la hace caer hácia el lado de la felicidad!... Estoy viendo que os aflijo, amigo mio; perdonadme. Mas en fin, pues que no puedo deciros estas cosas con el tono y autoridad del supremo Criador de nuestra naturaleza; procurad, una vez siquiera, procurad ver lo que puede vuestra razon. Haced lo posible porque esta

nuestra conversacion de hoy forme una época en la historia de vuestra vida. Empezad por dividirla en dos partes, y veréis como el tiempo venidero no será tal como vuestros sentimientos actuales os lo representa. No os hablo de los consuelos que podreis tener aun: esto seria irritar al esposo mas sensible, y al padre mas tierno. No mireis mas que á lo pasado. Apreciadle con imparcialidad, y decidid despues francamente sobre qual de los dos extremos de pena ó placer há sido superior en vuestro corazon.

VILLOCOURT.

¡Ó, á qué asunto me habeis traido, Mercoeur!... ¡Qué contraria es la respuesta que creo deber daros á lo que estoy padeciendo! ¡Cómo combate el sentimiento, en mi interior, á mi

razon!... Aborreciendo yo, como aborrezco en efecto, la ingratitud, ni soy un ingrato, ni quiero parecerlo. No, amigo mio, no: yo convendré francamente en que he sido dichoso, infinitamente dichoso!

MERCOEUR.

¿Lo pensais de veras como lo decis, Villocourt?

VILLOCOURT.

Lo digo como lo pienso. Sí; el Dios que me dió el ser, permitió el que yo experimentase la felicidad. Lo confieso con gusto.

MERCOEUR.

Es que tampoco podiais dexar de hacer esa confesion; porque si no hubieseis conocido la felicidad ¿de dónde os habia de venir el sentimiento de haberla perdido? Ó si esa dicha no hubiese sido mas que regular ¿de dónde habia de provenir ese aumento de afliccion?-Pero si quereis pasar á hacer una justa estimacion de los bienes y males de que ha participado vuestra vida, ¿por qué ideas procedereis á formar este juicio? ¿Seria solamente por las ideas generales de ventura y desgracia, de la alegría y tristeza, de esperanzas completas ó malogradas?

VILLOCOURT.

Decis bien : eso es muy cierto.

MERCOEUR.

¡Pues deberiais decirme, que esto es muy falso ; y ved ahí precisamente el error que nos hace tan injustos para con la Divina Providencia ! Ni consiste este error en otra cosa mas, que en querer establecer ciertos límites que no existen ; en querer separar lo que es inseparable, y disolver lo que es indisoluble. El dolor tiene su cierto deleite ; las lágrimas su dulzura, y hay ciertos desórdenes buenos. El recuerdo del mal que pasó, tiene sus delicias para el hombre. El sentimiento de la debilidad echa al amigo en

los brazos de su amigo. Las impresiones de la tristeza dispiertan la sensibilidad; la necesidad nos hace ver donde alcanzan nuestras fuerzas y nuestro mérito; un placer imaginario nos consuela de una pena real; soñar la felicidad, es ya experimentar su sentimiento.... Así es, amigo mio, como se deben juzgar los bienes y los males; pero semejante cálculo pide una sangre fria, que de ningun modo teneis en vuestra cruel situacion.... Oid aun mas, mi querido Villocourt, oid de mí, que he sido infeliz como vos mismo, que he tenido las mismas pérdidas que llorais, y que tenia un corazon tan sensible como el vuestro. Las pasiones están ya muertas en este cuerpo que hiela la vejez. El estado de mi alma es la calma y la impasibilidad. Pues con toda esta san-

gre fria es como doy una vuelta hácia mi vida pasada, echo mis miradas á lo preterito, y todo quanto allí descubro, me dexa contentísimo de Dios. Echando bien mis cuentas resulta, que he tenido mas de serenidad que de tempestades, mas bonanzas que tormentas, y muchísimos mas gustos que dolores. He creido ver la misma compensacion en la vida de muchos millones de mis semejantes, y en la de los animales, aves, y aun de los insectos. Os hago esta observacion, porque el mismo Dios que nos ha dado el ser, les crió tambien á ellos.- Pero ¡no hay (acabais de decirme) un palmo de tierra que no sea el sepulcro de varios hombres! - ¡Brabo pensamiento! ¿Qué? ¿esas criaturas no exîstiéron; no gozáron de la vida, ni disfrutáron de alguna felici-

dad ?– Cada átomo que vuela por delante de nuestros ojos ha sido un nervio. ¡Grande idea! ¿Qué? ese nervio ¿no estuvo extendido para el placer; y no sintió mas vibracion de deleite que de dolor ?– Ahora ya, Villocourt, me parece decidida la qüestion. No veo mas que una réplica que me podais hacer. ¿Por qué este estado no dura siempre? ¿Por qué la muerte, la terrible muerte, entra en las combinaciones de la naturaleza?

VILLOCOURT.

Sé muy bien lo que me vais á responder; pues que la vida exîste, me direis....

MERCOEUR.

Eso es : sí ; es indispensable que se siga la muerte. A esa condicion se nos dió la exîstencia. Los terrores que acompañan la muerte , las miserias que la preceden , tienen su principio en la misma naturaleza donde el placer tomó su orígen. - Pero , ¿es absolutamente indispensable que haya esta vida? - Ved aquí , amigo mio , una qüestion , que todo vuestro entendimiento no os habrá ofrecido!

VILLOCOURT.

A lo menos me ofrece , para que os lo pregunte , la reflexîon de por qué exîstimos con este género de vida , y no con otro ; ¿por qué se nos

ha dado esta naturaleza, naturaleza miserable, çaduca, pasagera, y sujeta á tantos accidentes y enfermedades?

MERCOEUR.

Hay varias respuestas que dar á esas qüestiones...-Podria yo muy bien apelar al sistema general de la creacion, á la armonía de este grande Todo, á la union indisoluble de los anillos que componen la grande cadena de los seres, á la escala graduada de sus perfecciones, cuyos escalones se elevan los unos sobre los otros, así como el instinto va creciendo en el reyno animal desde el polypo (1) hasta el elefante, Pero la exposicion de esta teoría me conduciria muy léjos: por

(1) *Animalejo marino que tiene muchos pies.*

otra parte ella pertenece enteramente á la ciencia conjetural ú analógica. Permitidme mas bien que os haga ú oponga otra qüestion á la vuestra. Quereis disfrutar de placer en la vida; ¿no es verdad?

VILLOCOURT.

Como qualquier ser que piensa, y que siente.

MERCOEUR.

¡Muy bien! Pero ¿de qué placeres quereis? ¿De los que conoceis, ó de los que no teneis idea?

VILLOCOURT.

De los que conozco ya, sin duda, y de los que puedo formarme una idea.

MERCOEUR.

¡Pues bien! ¡Mirad ahí ya el abismo de contradicciones en que os sumergís, y se mete todo hombre que intenta rectificar el plan de la eterna sabiduría! ... ¡queremos el placer, y el placer que conocemos; le queremos tal como él es, y con la relacion que tiene con nuestra natu-raleza, de la que es inseparable; pero no queremos esta misma naturaleza, con la qual está liado el placer, constituyendo su esencia, digámoslo así! ¿No deberiamos avergonzarnos de nuestra inconseqüencia, y de los ridículos agravios que atribuimos á la Providencia, quando la citamos con osadía ante nuestro tribunal? No hablemos mas de esto, amigo mio, y

concluyamos asegurando, que la vida tiene sus placeres, y casi innumerables. ¡Qué ingratos que somos! en nuestras quejas nos olvidamos de ellos. La misma naturaleza que nos los dispensa, nos da la muerte. Seria una extraña inconseqüencia; seria una insigne locura el acusar á la Providencia, porque nos ha dado esta especie de naturaleza, y no otra; porque ha hecho de nosotros hombres terrestres, y no celestiales; con que seria una inconseqüencia el desear con ansia los placeres, propios de nuestra naturaleza, y no querer los inconvenientes, que inseparablemente les acompañan. - ¡Pues por lo tocante á las amarguras de la muerte! ¡No están harto suavizadas con la dichosa perspectiva de la otra vida! ¡con las esperanzas de una eternidad de que to-

do nos asegura! Sí, todo; el conocimiento de nosotros mismos, el de nuestro Criador, y la disposicion de sus obras. Sí, como no puede dudarse, hay un Dios, este Dios es justo: no puede dexar la virtud sin recompensa, y no es mas que en la otra vida, donde puede ella coger el precio de sus méritos. Siendo esto así, ¿cómo el hombre, como un ser racional, se atreve á acusar á su Dios? ¿Cómo puede dexar de ver en el plan de la naturaleza las tiernas bondades de un padre? ¿Cómo es que solo se figura ciertas combinaciones de un poder enemigo ó indiferente? No lo dudeis, amigo mio, hay algun magnífico misterio oculto detras de todo lo que vemos. Hay alguna admirable maravilla baxo de este velo caido, y por todas partes, y á nuestro rede-

dor descubrimos su principio. Nuestro soberano Dios, dueño de todos los tiempos, como que ha sellado ya nuestra union con el futuro, concediéndonos el don de la prevision, y colocando en el fondo de nuestro corazon el ardiente deseo de otra vida: sentimiento que la anuncia y revela á todos los pueblos. Creedme, Villocourt, hay alguna relacion, aunque obscura, algunas conexîones desconocidas entre nuestra naturaleza moral, y los tiempos apartados de nosotros. Tal vez nuestros deseos, esta esperanza de la vida futura son un sexto sentido, un sentido de distancia, si me es permitido el explicarme así, cuya realidad lograrémos algun dia. Despues de esto ¿podremos ya decir, amigo mio, que la muerte es solamente un mal necesario? ¿No es ella un

bien para nosotros, pues que es el principio de una eterna felicidad que no podriamos conseguir sin ella?

VILLOCOURT.

¡La muerte el principio de la felicidad!

MERCOEUR.

Sí; como todos los males de la naturaleza.... Mirad allá, á lo último del orizonte, aquel nubarron que contiene la tempestad, los relámpagos y truenos. En el seno de aquella nube duerme la destruccion al lado de la fecundidad, y la lluvia saludable junto á la piedra devastadora. Este terrible fenómeno ¿no puede ser una imágen de la muerte?... Mas el cielo empieza á cubrirse; el uracan ro-

dea las cabañas, arrebata la arena, y la esparce por el valle; este ayre frio, el ruido distante que brama, todo nos anuncia la próxîma tempestad. Corramos á mi casa, y miéntras que los truenos se confunden con los bramidos del viento, y con los torrentes que van á precipitarse desde lo alto de estos montes, continuemos con nuestra buena conversacion sobre la naturaleza y su sublime Autor, no ménos grande y admirable en las tempestades y los uracanes, que en el soplo halagüeño del suave zéfiro, y en los primeros rayos de la aurora, y aun que quando el astro del dia elevándose sobre el orizonte, vuelve á traer la luz y el trabajo, tiñe de oro y púrpura la cima de los valles, las altas torres de las ciudades, y el vasto seno de los mares. (*Aquí los dos*

amigos se apresuráron para llegar á la casa).

Villocourt pasó la noche con Mercoeur. Al dia siguiente muy temprano se volvió á Metz. La vista de la casa, en que habia perdido su muger y su hijo, le hizo una terrible impresion, y le trastornó los sentidos; pero la conversacion que acababa de tener con el digno anciano, habia causado en su espíritu una sensacion viva y profunda. La idea consoladora de una Providencia infinitamente sabia, é infinitamente buena; la memoria de los bienes con que le habia colmado; el temor de la ingratitud para con su Criádor; algunas reflexîones sobre la multitud de bienes y males de que está mezclada la vida; sobre la naturaleza del hombre; sobre los inconvenientes de esta misma naturaleza,

que no son sino unos apéndices inseparables de sus utilidades; todos estos pensamientos de que Mercoeur acababa de hablarle, se le presentaban tumultuosamente, y sitiaban su espíritu. Esta fué la primera diversion que tuviéron sus penas. Sin embargo se le ocurrian otras varias dificultades que oponer á su amigo, por lo que se determinó á hacerle una segunda visita. Mercoeur le satisfizo lo mejor que le fué posible; pero los sabios discursos del anciano, aunque conmovian á Villocourt, no acababan de convencerle. Insensiblemente se volvió á hacer á la costumbre de visitar á su respetable amigo. Su compañía volvió á ser una necesidad para su corazon. Encontró en él todas las delicias que le habia procurado ántes. Se fué reconciliando paulatinamente con

las grandes ideas de una Providencia que lo gobierna todo ; con las de la espiritualidad é inmortalidad de la alma y de la vida venidera : ideas tan necesarias á unas criaturas racionales, pero débiles y pasageras. Bien pronto se conformó con resignacion, sobrellevando con paciencia lo que no podia impedir ; y en defecto de la felicidad halló la tranquilidad.

RECREO SEGUNDO.

SUEÑO DE CHRYSIPO (*).

DE UN MUNDO, DONDE TODO ESTÁ BIEN.

De todas las dificultades que enredan el entendimiento del hombre, y le hacen dudar alguna vez de la

(1) Chrysipo, filósofo Stoico, natural de Solos, en Cilicia, fué el discípulo mas distinguido de Zenon por su gran talento, y como todos los de su secta, el Apóstol del destino, y el defensor de la libertad; contradiccion que no puede reconciliarse. Escribió un Tratado de la Providencia, y murió 207 años ántes de la venida de Cristo.

Providencia, no hay otra mas grande que la que se deduce de la exîstencia del mal: ¿cómo es que un Dios bueno le ha podido permitir? Es cierto que eran posibles otros mundos diferentes de este que habitamos; y en el número de los posibles podia hallarse uno, donde todo fuese bien; y no lo es ménos que la divina Omnipotencia hubiera podido preferir este último. Y como Dios, que es la perfeccion soberana, debe aborrecer el mal, y su infinita bondad no puede querer sino el bien de sus criaturas, no debe ser fácil á la razon humana el explicar por qué ha querido el Criador un órden de cosas, donde el mal es mas freqüente que el bien.

No basta (segun algunos) el responder á esta objecion, diciendo,

que Dios no hàce mas que permitir el mal: porque aquel que sufre el mal, pudiendo impedirle (y nadie niega á Dios este poder), es ya inexcusable si no lo hace. Si Dios no quiere el mal (dicen), ¿por qué no le quita? ¿No es ser Autor de un mal el sufrirle quando puede cortarse? Si la voluntad de Dios quiere que los hombres vivan en la inocencia, ¿por qué su Omnipotencia no ha procurado la execucion de su voluntad?

Estas dificultades, como que toman mayor fuerza á vista del dichoso éxito del crímen, y de la prosperidad de los malvados; los buenos son sus víctimas: ellos triunfan con insolencia de la virtud, y la oprimen impunemente. Esta contradiccion aparente en los designios inexcrutables de la Divinidad, se le ocurrió

ya á Claudiano, segun lo manifiesta en los siguientes versos (1).

He dudado con freqüencia
si es que Dios este orbe rige,
al ver que el perverso aflige
con su opresion la inocencia.

¡Así va el mundo!... y reflexionando sobre esta disposicion, hay muchos hombres que se preguntan, ¿por qué en la suposicion de que Dios ha permitido el mal, no le domina su providencia de un modo conforme con su justicia? porque ¿puede conforformarse con ella el que los malva-

(1) *Sæpè mihi dubiam traxit sententia mentem,*
¿Curarent Superi terras?...
Cum res humana, tanta caligine volvi
Adspicerem, lætosque diù florere nocentes,
vexarique pios.

dos, embriagados de sangre y de crímenes, amontonen los delitos, y que tranquilos, en el seno del deleite, carguen de yerros á la virtud, y den muerte á là inocencia?

He aquí los obstáculos que detienen al espíritu humano, quando quiere remontarse al orígen del mal que se halla en el mundo; y muchas veces sucede, que busca en vano el hilo que debe dirigirle por este sombrío laberinto.

Para explicar estas aparentes contradicciones en el sistema general, los filósofos del paganismo creyéron disolver la dificultad, imaginándose dos principios: el uno bueno, y autor del bien; y el otro malo, y autor del mal. Algunos apeláron á otros recursos; pero siempre poco compatibles con la idea que debe tenerse del

Ser supremo. El Estoico Chrysipo, uno de los Maestros mas ilustres del Pórtico, fué el solo que tuvo sobre el orígen del mal, unas ideas algo mas justas, y que mas se aproximáran á las de nuestros mejores espíritus modernos; pero ántes de que le ocurriesen, vivió mucho tiempo atormentado por dudas crueles, y terribles indeterminaciones. La historia secreta del Pórtico refiere cómo llegó á salir de este estado de incertidumbre. Cuenta la misma historia sobre esto una particularidad curiosa y poco sabida, que quiero yo participar á mis lectores, persuadido á que la juzgarán digna de su atencion.

Habia pasado Chrysipo muchos dias meditando sobre las causas y orígen del mal que desola este globo. Fatigado con los muchos y vanos esfuer-

zos que él habia hecho para conciliarle con la bondad y justicia de los Dioses, una noche, ántes de acostarse, se puso de rodillas, y á voz alta hizo la oracion siguiente:

"Poderoso Júpiter, padre de los hombres y de los Dioses, quando mas considero tu divina esencia, mas convencido quedo de que no puedes ser sino la suprema justicia y la bondad suprema; pero oprimida mi alma con el peso de la duda, fluctúa incierta y desesperada, viendo este mundo tal como él es en sí. Tu omnipotencia que excede en mucho la inmensidad de los cielos, ¿no podia criar otros hombres distintos de los que habitan la tierra? ¿Era preciso que hubiese entre ellos estos monstruos tiranos, que aborreciesen y persiguiesen á sus semejantes? ¿Por qué no les diste unos

corazones mas humanos con inclinaciones mas suaves? ¿Qué? ¿no eran posibles los hombres virtuosos, sabios, justos y buenos? y si lo eran, ¿por qué tu suprema bondad no los crió así? ¿Ó si algunos sabios motivos te resolviéron (¡ ó soberana esencia!) á formarles tales como son; porque escribiste en tu libro de los destinos que los insensatos, y los monstruos serian los dichosos de la tierra? ¿por qué permitiste tú, que la virtud fuese afligida, y la inocencia maltratada? Las ideas que me he formado de tus divinos atributos no me lo dexan creèr.... ¡Grande Júpiter! Ilumina tú mismo mi espíritu con un rayo de tu sabiduría, ántes de que yo caiga á las angustias que le desgajan: tú solo puedes derramar algunas luces en el seno de las tinie-

blas que me rodean, y librar mi alma del peso que la agovia!..."

Así habló Chrysipo, y se quedó dormido en medio de tan tristes pensamientos: ó bien porque su alma continuase ocupándose, durante el sueño, de las qüestiones que formaban (tiempo habia) el objeto de sus reflexîones; ó porque (como entónces se creía) quisiesen los Dioses instruirle en sueño, y disipar sus dudas, soñó que se le aparecia Mercurio, y le mandaba que le siguiese al Consejo de los Dioses. Despues de un corto y delicioso camino, llegáron á una llanura esmaltada de flores y yerbas. Las plantas de mirto y de jazmin, las matas de los rosales, de granados y naranjos coronaban los cerrillos, á cuyo pie serpenteaban los arroyos puros como el cristal. Un rio, res-

plandeciente como el oro, bañaba con sus ondas eléctricas aquella playa etérea: un ayre suave y restaurador corria por su atmósfera; y una luz purpúrea iluminaba el orizonte (1). Mas allá se alcanzaba á ver el Olimpo, sobre cuya altura brillaba el alcázar de los Dioses, sostenido por columnas de oro y de diamantes, Chrysipo vió desde cerca aquellos globos inmensos que giran á la voz de las celestiales inteligencias, aquellos inflamados cometas que ellas suelen arrojar para consternar á los mortales, y se quedó como aturdido. Su éxtasis

(1) Tal es la pintura que hace en igual caso Virgilio quando dice:

Largior hic campos æther, et lumine vestit
purpureo.
Clara micante auro....
....Solidoque adamante columnæ.

llegó al extremo quando alcanzó á vér al grande Júpiter. Le vió con todo el resplandor de su gloria, con sus ójos resplandecientes que ningun mortal puede fixar, y rodeado de una multitud de Dioses prontos á executar sus divinos mandatos. Con el arrebato que le causó tanta magnificencia, nuestro filósofo cayó sin conocimiento; pero Mercurio, su conductor, mojó su Caduceo en la copa de Ganimedes, é hizo destilar una gota del néctar celestial sobre los secos labios de Chrysipo: este divino confortante le volvió á la vida; pero no se volvió á atrever á alzar sus ojos al trono de Júpiter.

En el instante el padre de los Dioses dexó caer una mirada sobre Chrysipo, Al movimiento de su divina pestaña la águila, puesta sobre su

cetro de oro, removió sus alas, bramó un espantoso trueno, los polos del mundo se conmoviéron, y oyó el filósofo estas palabras de la misma boca de Júpiter: "¡Mortal! aunque repruebo la temeridad de los atrevidos que intentan escudriñar los secretos de mi Providencia, no por eso condeno á aquellos que procuran con esfuerzo reconciliar mi justicia con mi bondad. He visto las dudas que te agitan, y me he resuelto á instruirte. Ves á buscar á mi hija Palas (1), *ella* te introducirá en el templo de la sabiduría, y bendecirás mis eternos decretos."

(1) Nombre que da la Mythología varias veces á Minerva, Diosa de la Sabiduría, de la Guerra y de las Artes, é hija de Júpiter, que la hizo salir de su cerebro, armada de pies á cabeza.

Á estas palabras le arrebata Mercurio, y le transporta en un instante al templo de la sabiduría. Era este un palacio suntuosísimo, que excede en resplandor y hermosura á todo quanto conocemos nosotros en este género. La divina hija de Júpiter, que es de todas las divinidades la mas inmediata á su sabiduría, porque él la engendró en sí misma, se le apareció rodeada de un magestuoso resplandor, cuyos rayos le hubieran hecho caer nuevamente, si no hubiese sido por el divino néctar. "¡Chrysipo! le dixo ella, mi padre te quiere: ha visto las dudas que te atormentan; y me manda que te instruya yo. Sígueme: no tardarás en convencerte, sobre que su bondad y su sabiduría no son ménos admirables que su omnipotencia."

Siguió Chrysipo á la Diosa, y le conduxo á un salon, que le causó un espanto agradable. "Tenias razon, Chrysipo, le dixo ella, quando defendias que mi padre hubiera podido criar un mundo, en todo diferente del que exîste. Pues que la forma y apariencia de las cosas, el órden y concatenacion de los acontecimientos hubieran podido ser dispuestos de mil modos diversos, se sigue que eran posibles mil mundos diferentes; pero te engañas en creer, que un mundo donde no hubiese mal alguno, seria mejor que el que exîste. Antes de pasar mi padre á la creacion del mundo, construyó en este templo los planes de todos quantos eran posibles; y la hermosura de ese mundo, tal como él es, mereció su eleccion. La guardia de este templo está á mi car-

go, y siempre que mi padre permite á los Dioses que visiten y exâminen los planes de los mundos posibles, se ven precisados á admirar su sabiduría, y á aprobar su execucion. Considera bien este salon: él representa un mundo donde todo está bien. Considérale con atencion, y mira por tí mismo, ¡si hubiera éste sido mejor que el que executó y exîste!"

Nuestro filósofo vió desde su sitio, como se ve desde el patio sobre las tablas en un coliseo, pero con mas limpieza y precision, todo lo que hubiera sucedido en este mundo, si hubiese exîstido. ¡Quántos atractivos tuvo para él tan nuevo expectáculo! pero no tardó en echar de ver en los habitantes de este mundo posible una inaccion, una dexadez, raras, y una monotonía, que rayaban en insipidez.

No veía allí ni buenas ni malas acciones; ni vicios, ni virtudes; ni observó en aquellos habitantes otro deseo que el de la conservacion de su vida. Como que parecia que cada uno no vivia mas que para sí solo; y su vida era la mas uniforme y triste de quanto se puede imaginar. Apénas un individuo apercibia la exîstencia de los otros, y como que su exîstencia en nada le concernia. No se hallaban anécdotas ni acontecimientos notables en su historia. Su curso ordinario de sucesos no variaba mas que en una sola circunstancia, y aun esta era poco digna de su atencion: que era quando iban á buscarse su sustento. Entónces se encontraban los unos con los otros algunas veces; y aunque no mucho, se apresuraban algun tanto. Ninguno tenia ni sentimiento ni piedad

de la situacion de su vecino. No habia en ellos señal alguna de amor ni de amistad, ni deseo de complacerse y obligarse reciprocamente, como ni tampoco motivos para concurrir al bien general. Nadie procuraba obtener la estimacion de sus semejantes, ó triunfar de un ribal suyo; en una palabra, no vió Chrysipo mal alguno en aquel mundo: pero tampoco descubrió en él una cosa que pudiese llamarse buena y virtuósa.

Quanto él veía le servia de ocasion de unas profundas reflexîones. Quiso exponerselas á Palas, pero comprehendió la Diosa su pensamiento, y se anticipó á hablarle así: "¡ Chrysipo! bien sabes, que está el orígen del mal en los deseos y pasiones de los hombres. Si nosotros no queremos que se verifique el efecto, es

preciso renunciar á la causa. Los hombres estos que tienes presentes, no tienen mas que un solo deseo, que es el de la vida. Están privados de las demas pasiones; y esta privacion, como puedes conocerlo, casi les hace indignos del buen nombre de hombres. Pero el expectáculo de su insípida exîstencia sirve para hacerte ver las tristes é inevitables conseqüencias de esta privacion. En efecto, aunque los defectos y las pasiones de los hombres sean los principios de todos sus males, son sin embargo la única causa del bien que suaviza su exîstencia, y de las virtudes que la ilustran.

Quando carece el hombre de compasion y sensibilidad; quando no tiene ambicion; quando un estímulo secreto no le mueve á merecerse alguna preferencia, á derribar á un ribal,

y á vencer á un coopositor; es imposible que procure perfeccionar su estado y el de los otros; porque solamente nos dexamos llevar por aquello que nos ofrece algunos atractivos. Los habitantes de estas agradables regiones no pretenden aspirar ni á los laureles de Marte, ni á las palmas de Apolo. Los triunfos de vuestros vencedores de Pisa y Olimpia les parecerian juegos de niños; los talentos de la poesía y eloqüencia, dones poco apetecibles; porque los resortes poderosos de la gloria y estimacion pública son nada para ellos, igualmente que la sensibilidad y la dulce conmiseracion. Con que no puede esperarse de ellos acciones buenas y heroycas, ni vicios, ni virtudes. El espíritu de un hombre privado de deseos y pasiones se limita precisamente á lo mediano, porque

no tiene motivos y objetos que le desenvuelvan. Su talento jamas se dilatará, ó deberia ser por un milagro."

¡Gran Diosa! respondió Chrysipo, heme ya convencido de la triste vida, de la deplorable situacion en que exîstirian los hombres privados de deseos y pasiones; de la mediania de su espíritu; de la cortedad de sus facultades morales; en una palabra, de la degradacion de su naturaleza. Pero ¿no deberia vuestro divino Padre con su absoluto poder, no conceder al hombre mas deseos que los que le guian al bien, sin entregarle á la voluntad de aquellos que le llevan al mal!

Los buenos y los malos deseos (le respondió Palas) tienen un mismo principio en el hombre; y solo; quando él abusa de sus facultades, ó de su libre alvedrio, es quando el mal bro-

ta de este orígen. Con que es á sí mismo á quien debe acusar de sus males, y no á mi padre. Los designios de éste son nobles y sublimes como él. Si hubiera preservado al hombre de sus malos deseos, hubiera sido tambien forzoso que le hubiese quitado el poder cometer el mal; y en esta suposicion no hubiera criado ya un hombre de bien, sino una máquina de buenas acciones. Mas, como su Omnipotencia le permitia á la verdad que le hiciese de este modo, ven conmigo para que veas lo que seria un mundo, dispuesto y ordenado de esta manera.

Le conduxo la Diosa á un salon inmediato al primero. En él habia en representacion un mundo así posible. Á los principios Chrysipo se llegó á encantar de la hermosura de este nuevo órden de cosas, de la armonía cons-

tante, de la paz inalterable que veía reynar allí, y de las acciones heroycas ó virtuosas que señalaban todos los instantes de aquellos dichosos mortales. Pero quánta fué su admiracion, quando alcanzó á ver que los habitantes de aquel mundo no producian por sí mismos estas acciones brillantes, sino que semejantes estas virtudes resplandecientes ó modestas, públicas ó privadas, no eran mas que un puro mecanismo producido por el mismo Júpiter, que dirigia las operaciones de cada uno de ellos, moviéndoles con un alambre, ya á derecha y á izquierda, atrás ú á adelante, segun le parecia. La satisfaccion que le habia causado este mundo á primera vista, no era ya ni con mucho la misma. Disminuyóse aun mas palpablemente, quando habiéndole Palas tocado sus ojos le

puso en estado de leer en el corazon y pensamiento de estos hombres posibles. Él vió que su talento no era mas que una luz que ni aun merecia tal nombre; que careciendo ellos del conocimiento del bien y del mal, todas sus acciones no eran mas que puramente indiferentes; que haciendo el bien obedecian á un impulso natural é irresistible; y como sus virtudes no les costaban esfuerzo alguno, tampoco les procuraban ninguna satisfaccion.

Vaya, Chrysipo, dixo Palas: ¿crees tú que este teatro de purchinelas hubiera sido digno del grande Júpiter mi padre, y conforme á su sabiduría? ¿Pudiera ésta complacerse con criaturas en quienes está precisado á executar él mismo todo lo que él quiere que hagan; que privadas del libre albedrio no pueden ofrecerle mas que un ho-

menage mecánico, y á las que no puede por consiguiente imputar la moralidad de sus acciones? ¿Crees que unos hombres sin deseo ni necesidades puedan ser verdaderamente dichosos? ¿Qué es un espíritu que no conoce el bien ni el mal? ¿Y pueden honrarse con este nombre unas facultades tan limitadas?

Este conocimiento del bien y del mal, que falta á estos hombres posibles, minoraria aun el mérito de sus acciones, aunque las produxesen por sí mismos. Donde no hay conocimiento de mal no puede exîstir ni el bien ni las virtudes; no puede haber mas que actos indiferentes. Una accion no es buena y meritoria moralmente sino porque el que la ha hecho podia haber cometido una mala en lugar de aquella. ¿Y qué recompensa habia de

señalarse á estos hombres si sus actos les fuesen atribuidos? La conciencia de haber hecho el bien, la satisfaccion de haber triunfado de sí mismo practicando la virtud, estas son las mejores recompensas del ser libre, y la mas dulce alegría que puede tener: alegría que será siempre desconocida de estos hombres posibles, pues que no conociendo el mal no pueden formarse idea del bien. No hay cosa mas dulce para un ser libre, que vencer los obstáculos de que está lleno el camino de la virtud, esto es lo que le hace gritar algunas veces con esta satisfaccion, que él solo puede exprimir: *yo he cumplido con mi obligacion, y estoy contento de mí mismo.* Este triunfo del ser libre es tambien el sacrificio mas agradable que él puede ofrecer al gran Júpiter, mi padre, y es de mas valor á sus ojos que

la sangre de los terneros. La armonia del universo, y el órden admirable que reyna en él es obra de su sabiduría. Este órden causa el encanto de sus criaturas, y no el suyo propio. Como es él quien le ha producido no ve en él sino á sí mismo; un monumento de su poderosa sabiduría, del qual no tenia su inteligencia ninguna necesidad para estar convencido. Pero los actos voluntarios del ser libre, los sublimes esfuerzos del hombre virtuoso, que triunfando de su naturaleza rebelde cria á pesar de los sentidos, y de sus pasiones amotinadas, el órden moral del universo, así como él produxo el órden fisico; este es el mas perfecto homenage que pueda ofrecerse á su divinidad. Todo quanto contiene este mundo proviene de mi padre, y es suyo; pero los actos virtuosos del ser

libre son de este; él los saca de su propio fondo para ofrecérseles; y quantos mas esfuerzos le cuestan, mas agradables le son. Tal es en efecto la augusta vocacion del hombre, y el noble fin que se propuso Júpiter criándole; la gloria de hacer el bien, con todos los medios para hacer el mal. Concurriendo el ser libre á este divino fin llena sus altos destinos sobre la tierra; él la enriquece de un órden de perfecciones de que él es el autor; y se eleva así hasta los pies del trono de mi padre; y mi padre reconoce en él su imagen, al verle libre, y sin embargo justo, bueno, feliz, y virtuoso como él.

Podria yo hacérte ver los planes de otros varios mundos posibles donde todo va bien, y esta exênto de mal (continuó diciendo Palas) pero todos con

cortísima diferencia se semejan á estos que has visto. Tienen los mismos defectos, y aun mayores. Así puedes ver, Chrysipo, como una sábia necesidad obligó á mi padre á crear un mundo, donde se encontrase el mal, y ahora comprehenderás ya como su sabiduría y su bondad pueden muy bien conciliarse con la existencia del mal.

¡Gran Diosa! la respondió Chrysipo, reconozco en efecto que vuestro augusto padre es siempre admirable en sus obras, y yo celebraré en lo succesivo su sabiduría y su bondad, tanto como reverenciaré su poder. Mis dudas se disuelven, mis incertidumbres se disipan, y conozco todas las razones que han determinado la sabiduría y bondad de vuestro padre á crear este mundo tal como él es. Estoy convencido de que es el mejor de quantos su espíritu infinito

haya podido concebir, y sé que las dificultades que aun me quedan en mi idea, no provienen sino de la debilidad y limitacion de mi inteligencia... Pero, pues que un átomo terreno, como yo lo soy, ha merecido oir y ver los decretos de la eterna sabiduría, tened á bien, ¡ó gran Diosa! que me atreva á suplicaros que aparteis de mí la última contradiccion que entristece aun mi corazon, y que agita mi espíritu... Pues que el mal ofende á vuestro padre porque quiso su divina providencia hacer dichosos á los perversos, y porque la virtud y el justo derecho gimen casi siempre baxo del peso de la desgracia y la opresion.

Sábete (respondió Palas) que sino en el caso en que mi padre se sirve de ellos para castigar los crímenes de las naciones ó para atraerlas al órden

de su justicia, en los demás casos no triunfan los malvados de los buenos sino porque son mas activos y enérgicos, y porque no se desalientan con los reveses ni los obstáculos. Ellos emplean unos medios mas violentos, mejor concertados, y por consiguiente mas eficaces que los buenos. Así mi padre se veria obligado para pararles en su camino y carrera, á interrumpir á cada instante las relaciones de los efectos, y sus causas, y á alterar el órden de la naturaleza; pero mi padre no *puede* mudar la esencia de las cosas. Tal es el órden del destino. Y como una interrupcion tan freqüente del órden establecido por él seria poco digna de su inmutable sabiduría, ha establecido su providencia entre la felicidad de los perversos y los sucesos que de ella se derivan ciertas relaciones conformes

á su bondad. Pues de los crímines mas monstruosos de los particulares nacen ciertos resultados que tienen sobre el bien general las influencias mas dichosas... Ven: sígueme; voy á hacerte ver el mundo actual, y tú te convencerás de la verdad de mis palabras.

Palas conduxo á nuestro filósofo al recinto mas retirado del templo, y le cegó en términos el resplandor de las maravillas que allí brillaban, que se vió ella en la precision de protegerle de nuevo con todo el auxîlio de su divinidad, para impedir que se desfalleciera. Ven, Chrysipo, le dixo ella, contempla la felicidad de los malvados, y mira las utilidades que sus maldades han acarreado sobre la tierra.

Chrysipo alzó la vista, y reconoció al punto un grandísimo número de perversos dichosos que la historia

y su propia experiencia le habian hecho conocer. Se admiró de la influencia que sus maldades habian tenido sobre el bien general. ¿Quieres, le dixo Palas, convencerte aun mas palpablemente de la verdad de lo qué ves? Elige un famoso culpable, que se haya manchado con todos los crímenes, triunfando impunemente de la virtud: toca con tu mano el quadro que te representa aquí su figura, entónces todas las conseqüencias de sus crímenes se desenvolverán delante de tus ojos, y verás (como en una linterna mágica) quanta felicidad han causado á sus contemporáneos, y aun á las edades mas remotas.

Chrysipo alcanzó á ver casualmente el retrato de Pigmalion, Rey de Tiro, que guiado de una códicia insaciable, degolló á los pies de los alta-

rés á su cuñado Sychéas, y puso en fuga á su hermana Dido. Tocó con su mano el quadro, y vió de repente y en claro reproducirse á su vista todos los acontecimientos ocasionados por los delitos de este monstruo. Vió en primer lugar la fundacion de Cartago, los progresos de este imperio, el genio de sus ciudadanos, sus conquistas, los pueblos que él sacó de la barbarie, reduciéndoles á la moralidad, á la navegacion, al comercio y las letras; su esplendor llevado á tal punto que excitó la envidia de Roma, y la oposicion en fin de estas dos repúblicas, que conduxo sus ciudadanos al mas alto grado de gloria y de virtud á que los hombres pueden llegar.

Al frente de Pigmalion vió otra figura que por su aspecto horroroso, pero al mismo tiempo espiritual, cono-

ció él que era Dionisio el jóven. Tocó el quadro, y vió quebrarse de repente el cetro de la tiranía; Siracusa restablecida en sus derechos; las virtudes de Dion, de Timoleon &c., el orgullo de Cartago humillado, los mares libres, el comercio floreciente, y el árbol de la razon esparciendo sobre la Sicilia su sombra hospitalera.

En un gabinete, donde se habian puesto los xefes futuros de las Naciones, acercó su mano á un quadro que representaba una persona vestida de negro, con un plumage del mismo color que caía sobre su frente ceñuda y severa. ¿Quién es (preguntó el filósofo) este monstruo con los ojos baxos, traidor é hipócrita, cuya vista homicida parece que despide la muerte por todas partes?

Ese vendrá al mundo (le respon-

dió Palas) dentro de unos seis siglos; será un soberano. Chrysipo tocó el quadro, y vió una multitud de pequeños Monarcas arruinados por él. Vió las leyes respetadas, protegidas las letras, engrandecido un imperio; y un camino abierto y desembarazado de los primeros obstáculos que podian retardar á este pueblo en la carrera inmensa que le faltaba que recorrer hasta la época en que el destino ordenaba que tomase el primer puesto entre las Naciones.

Chrysipo hizo la misma experiencia con los retratos de algunos otros famosos criminales de los tiempos pasados y futuros, y consiguió siempre el mismo resultado; de modo que quedó convencido de que la sabiduría del Ser Eterno exîgia que criase al hombre libre; porque no seria este

sin libertad ni hombre, ni dichoso, sino un átomo insensato y digno de lástima: que era preciso que él conociese el mal para que pudiese practicar el bien moral, y ofrecer á la Divinidad un homenage digno de ella; pero que su Providencia infinita por un efecto de su bondad habia encadenado la contextura de los sucesos, de manera que no podia cometerse crimen alguno sin que resultase de él alguna utilidad al órden general. De tal modo le penetró este decubrimiento, que todo conmovido se arrojó á los pies de la Diosa gritando. Eterna sabiduría, Providencia divina, ¡qué admirables son tus decretos, y qué dignos de adoracion tus divinos juicios!.. Quiso continuar; pero la agitacion en que se hallaba le dispertó, y esta vision de su sueño le colmó de

un arrebato inexplicable. La impresion que en él hizo jamas se borró de su memoria; permaneció siempre en su idea la veneracion mas profunda á la Divina Providencia, y se esforzó en toda circunstancia para publicar la reconciliacion de su sabiduría, su justicia y su bondad.

RECREO TERCERO.

El hombre considerado con respecto á la virtud y los talentos; ó ensayo de una gerarquia moral de los hombres.

INTRODUCCION.

Hay la costumbre de decir que *tanto vale un hombre como otro.* Esto es así en efecto en un órden político bien combinado; pero no en lo físico, ni en lo moral.

Vease como el Athleta de Crotona coge con sus fuertes brazos el toro de Júpiter, se le carga sobre sus espaldas, le lleva un largo trecho, le mata con una sola puñada, y se le come en

un dia. Entra en la lid, huyen al verle diez Gibaritas aturdidos, ó caen rebentados á sus golpes: ¿dónde está la igualdad?

Véase Caton. La virtud desterrada de entre los hombres solo halla asilo en su alma sublime. El universo cede: solo su genio indómito lucha contra la tirania (1).

Véase el Orador Latino, el único genio que el pueblo Romano ha tenido igual á su imperio. Véanse Bossuet, Montesquieu, Buffon, Voltaire, Rousseau. Mas fuerzas morales habia en qualquiera de sus cabezas que en los demas millones de sus contemporáneos. ¿Dónde está la igualdad?

Ni puede preguntarse quál es el

(1) *Et cuncta terrarum subacta, præter atrocem animum Catonis.* (Horat.)

origen de la desigualdad natural; porque se hallaria la respuesta en la sencilla definicion de la palabra. El principio de la desigualdad natural está en la voluntad misma de la naturaleza que ha hecho á los unos grandes, hermosos, fuertes, mañosos, espirituales; y á los otros pequeños, feos, débiles, torpes y estúpidos.

Solo el órden político es el que restablece la igualdad entre unos seres tan desiguales. La sociedad es la que protege al débil contra las violencias del fuerte; quien defiende la viuda, quien conserva al huérfano las riquezas de sus padres; quien les pone baxo del escudo de la ley; quien no reconoce otra diferencia entre los individuos que la que pusiéron entre ellos los talentos y la educacion; y quien les coloca en los empleos sin mas dis-

tincion que la de las virtudes y el mérito.

Ahí está la igualdad. No se semejan sin duda á la que proclamaban Marat y Roberspierre. No quiere ella que el que solo ha aprendido á hacer zapatos ó sombreros pueda ser Ministro de Estado ó General de Exército; y que aquel que tiene talento suficiente para ser Ministro de Estado ó General vaya al mostrador del sombrerero ó al portal del zapatero; pero lo que quiere ella es que el hijo del zapatero pueda ser Ministro, General ó Embaxador, si le concedió la naturaleza genio para ello, y si aprovechó en la educacion que desenvuelve los talentos. Con que la naturaleza no ha hecho á los hombres iguales en fuerzas. La igualdad es un beneficio de la ley.

La igualdad natural es una de las paradoxas mas peligrosas que ha podido sostener la falsa filosofia. Con pretesto de la igualdad absoluta se han visto en nuestro propio suelo las razas de unos hombres-tigres que con escusa de vengar las leyes, las echaban por tierra; perseguian la inocencia hablando de la justicia, y exterminaban la humanidad invocando su santo nombre. En aquel tiempo todo era crímen de Estado: lo era el reclamar la constitucion que se *acababa* de jurar, y los derechos del hombre que se acababan de proclamar. La virtud y los talentos servian de títulos de destierro: las palabras, y aun el silencio eran acusadas; pero ¡qué digo! se interpretaba hasta el pensamiento, y se le desnaturalizaba para hallarle culpable. Esta nota infame se

imprimió á nuestra Nacion, con pretexto de la igualdad absoluta. Á su nombre los representantes del pueblo frances le han diezmado; algunos perversos se hiciéron dueños de la Francia; han arruinado los monumentos de su gloria, cubriéndola de bastillas y de escombro; han levantado los patíbulos del terror; han declarado la guerra á sus conciudadanos; han muerto millones de ellos, les han ahogado, arcabuceado, y disparado á metralla despues de haberles hecho sufrir los tormentos mas atroces. Á nombre de la igualdad absoluta vimos en el seno de esta capital, centro de las luces, á unos hombres seducidos á coger con una alegría feroz la imitacion de los antopófagos; extasiarse al oir la relacion de los asesinatos; cantar los crímenes como unas victorias; bay-

lar al rededor de sus víctimas, despedazarlas con sus manos, y hacer de sus palpitantes entrañas un bárbaro banquete!... Aquellos monstruos nos hubieran tragado á todos: iban á tragarse toda la Francia si su demencia no hubiera neutralizado sus furores; si no hubieran hallado en los últimos excesos de su rabia el término de sus atentados; si la justicia divina derramando sobre ellos un espíritu de inconstancia, no les hubiese precipitado en el abismo que *habian* abierto baxo los pies de todo aquel que no les juraba un pacto de complicidad. ¡Y qué! si hubiesen de renacer otra vez de semejantes males, ¿no valdria mas irse á los montes á acogerse entre las bestias feroces? Á lo ménos la mano sacrílega del malvado no vendria á arrancar de allí

al hombre de bien. La gruta que esté se hubiese buscado, le serviria de refugio, y podria decirse á sí mismo: Aquí puedo practicar la virtud impunemente: aquí no expiaré como un crímen el haber servido â mis semejantes...

El dogma de la igualdad absoluta, que fué el orígen fecundo de tantas desgracias, podria volver á ocasionar aun entre nosotros otras mas terribles, como tambien en otras naciones que han adoptado el sistema representativo, si los Moralistas no tuviesen cuidado de libertarlas de este peligroso error. Este es el fin que me propongo delineando este *Ensayo de una Gerarquía moral entre los hombres*...

La naturaleza, criando al hombre para la sociedad, concedió á mu-

chos la inteligencia necesaria para distinguir el bien y el mal en el órden moral; y á cada uno una capacidad, una aptitud, qualquier género de industria, por cuyo medio provee á sus necesidades fisicas. Pero hay un pequeño número de dichosos mortales, sobre quienes se complace en derramar. Con una mano prodiga *la* virtud, los talentos, y los dones del genio. Destínalos para que sean guia y luz de las naciones: porque *nada halla ella en vano*... En una palabra, desigualdad natural y moral; pero honor y confianza en la virtud, en las luces y talentos: honrémosles: tal es el órden en que los hombres hallarán la felicidad, porque tal es el de la naturaleza.

RECREO TERCERO.

El hombre considerado con respecto á la virtud y los talentos: ó ensayo de una Gerarquía moral de los hombres.

Si consideramos el imperio que exerce el hombre sobre este globo, y las huellas que ha dexado pasando por él, reconocerémos por todas partes al Xefe de la naturaleza. El parque de Versalles, aquel palacio y soberbia Ciudad eran, á los principios del último siglo, un desierto abandonado. El hombre construyó las maravillas que adornan aquel sitio encantador. Las casas de campo del *Euro* y del *Iton* eran en tiempo del César unos sitios solitarios, y barrancos profun-

dos. El hombre fué quien los convirtio en hermosos plantíos, á los que fuerza anualmente á abastecer, con su superfluo, á innumerables habitantes, cuya exîstencia es el fruto de la sabiduria de sus leyes. Hácia el norte de la Europa arrancó al occéano provincias enteras, y opuso diques irresistibles á sus invasiones. En otras partes saca los rios, ó los contiene en sus caxas, y adelanta ú atrasa su curso. Él subyuga, cautiva, y hace tributarios de su industria, ú cómplices de sus furores, á estos elementos terribles, de que solo procuraba defenderse á los principios. Por los progresos del arte Náutica rodea sin cesar por el círculo del globo; pasa del uno al otro polo sobre las alas de los vientos, y pone entre los continentes puentes-volantes de comunicacion. Vencedor del

occéano rompe las entrañas de la tierra, y la arranca las piedras preciosas y los metales: se abren en Falaum (1) y en Villiska (2), sendas profundas hácia su centro; se sigue con intrepidez en París el vuelo atrevido de Garnerin hasta los confines de su atmósfera. Las pirámides, los templos, los aqüeductos, los caminos abiertos por las peñas, y los montes cortados, manifiestan su poder por todas partes. Las solas ruinas de Palmira, y de Persepolis atestiguan, que exîstian allí tiempo ha varios pueblos que dominaban á la naturaleza.

Con otros milagros del arte se repro-

(1) Minas de plata en Suecia, cuya profundidad pasa de mil y doscientos pies.

(2) Minas de sal en Polonia.

ducen ante nuestra vista otras nuevas concepciones del genio. Aquí admiro á *Pajou*, obligando al mármol á la flexibilidad, y modelándole segun sus deseos; resucitando á Bossuet y Pascal, y preparando su buril para presentar á nuestro reconocimiento las preciosas señales del héroe vencedor y pacificador de la Europa.

¡Mirad esos pedazos de tierra cocida y amasada! *Isabey* la coge... Espérate un poco fino Saint-Preux; y su pincel mágico hará salir del sepulcro *la* sombra de tu tierna amante.... (1) ¡Ella es en efecto! ¡Es la misma Julia! ¡Esa es su risita encantadora, mi-

(1) Este párrafo hace alusion á una obra de Literatura de J. J. Rousseau justamente condenada, y debe ser su inteligencia poco comun á nuestros lectores.

ra ahí el dulce fuego de sus miradas, y sus gracias penetrantes! Su alma respira por sus facciones; palpita su seno; y como que está diciendo aun su boca rosada: *Yo te quiero....*

Exâminemos un coliseo lyrico... Una voz se ha oido en el anfiteatro. ¡Qué silencio!... ¿Qué suave Eufonía encanta los oidos, predomina los corazones, y les hace pasar, segun quiere, del temor á la esperanza, y del odio al amor! Es uno arrebatado: teme el perder el menor sonido; todos se miran sin atreverse á hablar: rómpese en fin el silencio por los aplausos preguntándose unos á otros: ¿Es *Lino* el que canta, ú es el mismo Orféo restituido por los Dioses á la tierra?... ¡Sí, ese és *Garat*!...

El hombre considerado con res-

pecto *á las* ciencias y las artes, presenta sin duda un buen aspecto; pero si atendemos á sus miserias é imperfecciones, debemos confesar, que ciertas catástrofes ya fisicas ó ya morales, han alterado ó debilitado *su* naturaleza. "El hombre (ha *dicho un* Escritor del siglo pasado) se *ha dexado* caer sobre sus ruinas; el capitel cayó sobre las paredes, y estas sobre su cimiento; pero si se remueven esas ruinas, se hallan entre los escombros de ese edificio destruido, ya, las señales de la fundacion, ya la idea del primer diseño, y aun el sello del arquitecto." En efecto, es evidente que no es él ni lo que pudiera, ni lo que deberia ser; mas en medio de las revoluciones, que han alterado su naturaleza; la diferencia fisica ó moral de los individuos, que

siguiendo las sabias disposiciones de su autor debia servir á la belleza y perfeccion del conjunto, ha degenerado en una desigualdad tan monstruosa que cuesta trabajo el reconocerles por hijos de un mismo padre; de modo que puede perdonarse á aquel satírico antiguo lo que decia con gracia, de que este animal de dos patas, y sin plumas, llamado hombre, no era mas que un bosquejo risible que alguno de los Dioses quiso sacar de la nada en un rato de su buen amor para divertirse con él, como con un ser grotesco.

Sin embargo, el filósofo que reflexîona con cuidado sobre la naturaleza de su semejante, descubre en ella mas señales de su antiguo explendor, y mas nobleza en su estado actual que no el lector super-

ficial, que solo le ha conocido por las sátiras de Rabelais (1), ó las jocosidades de Swift (2). Pensando yo con madurez sobre esto, me he persuadido á que la multitud de individuos que componen la especie humana (hecha abstraccion de las diferencias que resultan de sus figuras, colores, géneros de vida, formas de gobierno, religiones y costumbres) podia dividirse en cinco clases que tienen en-

(1) Podrá formarse una idea de los colores con que este Escritor de la Francia por los años de 1542 retrató al hombre en sus sátiras, sabiendo que fué Religioso Francisco, Benedictino, Canónigo, Médico, y por último Cura de Meudon. Sus obras fuéron prohibidas por la Sorbona y el Parlamento de París, por las obscenidades que contenian.

(2) Escritor inglés, que por ser muy semejante al anterior, se le conoce con el nombre del *Rabelais inglés*.

tre sí cierta relacion, y que mezcladas unas con otras forman un sistema, que á lo ménos parece bien combinado. Procuraré formar el diseño de cada una de ellas.

PRIMERA CLASE.

El Vulgo.

La primera clase es la mas ínfima y la mas inmediata del instinto animal. Pongo en esta clase esa multitud de gentes medio salvages que cubren la tierra; ese humilde y débil Vulgo, cuyo gran número de individuos en casi todas las naciones envejece entre su grosería natural, y se desfigura con el tiempo de tal modo, que como que se dexa ya de descubrir en él aquel rayo de divina luz que se

percibia aun por entre las sombras de su rudeza; ya sea porque las facultades delicadas de su inteligencia hayan perecido por falta de cultivo, ó bien porque se hayan viciado por una cultura falsa. Los seres que componen esta clase nunca llegan á la madurez del hombre perfecto. Su ignorancia degenera en estupidez. Los apetitos sensitivos que crecen y se fortifican con ellos, los quales no saben los tales seres someter á la razon, exhalan una multitud de preocupaciones que ofuscan como nube espesa la razon misma: esta antorcha primera de nuestra naturaleza. Estos apetitos llegan á ser con el tiempo inclinaciones imperiosas que solo se diferencian por la constitucion, el temperamento y las circunstancias exteriores en que se hallan. Los tales se-

res son por lo comun sensuales, impetuosos en sus deseos, ligeros, inconstantes, limitados, cabezudos; y sin embargo credulos, y por consiguiente fáciles en dexarse engañar. La imaginacion les sirve de razon, y las apariencias exteriores son el móvil de sus determinaciones. Su cuidado comunmente se limita á la conservacion de su cuerpo y de la vida animal. De donde proviene un modo de pensar baxo, y que les inclina sin cesar hácia la tierra; elemento querido, donde crece su sustento. Sus costumbres son groseras como sus gustos; sus gozos pocos, y de la especie mas material; pero, como en contrapeso, la ignorancia, la supersticion, el temor, la pusilanimidad, aumentan prodigiosamente la suma de sus males. No hay que admirarse de que estos hombres

no conozcan la vida dichosa, y sean tan diferentes de lo que podrian ser, aunque un instinto secreto les advierta continuamente que no son unos simples animales.

Ya se echa de ver que ha de ser muy dificil precisamente el sacar algun partido para la sociedad de estos seres, intermedios entre el hombre y los *Yahoux* de Swift. Solo se puede disminuir el número de ellos por la educacion, y aun mas por el cultivo del sentido moral y religioso. Querer mas, seria exigir lo imposible: esto seria, ó un error, ó mala fe. Se ve al mismo tiempo que la naturaleza de estos hombres les hace susceptibles de ser gobernados, y aun manda que lo sean. Los primeros fundadores de las sociedades tuvieron la habilidad de saber sacar partido ya de su aficion á

lo nuevo y maravilloso, ó ya de su credulidad, de su inconstancia, de sus miedos, de su misma cobardía, y de sus otras pasiones; con cuyo medio se apoderáron de ellos quando necesitáron, para contenerles en el órden, sin el qual hubieran vuelto ellos mismos á sumergir estas primeras sociedades en el caos de donde acababan de salir.

SEGUNDA CLASE.

Las gentes del mundo.

Pongo en esta segunda clase la multitud de los nacidos en una condicion mas relevada ó mas abundante en los dones de la fortuna, y que hacen del placer el asunto mas importante de su vida. Los seres de esta especie, como que miran la sociedad

como un baile de máscara, donde se permite á cada uno la representacion del papel que mas le gusta, con tal que llegue al fin que todos se proponen de pasar el tiempo. Mariposas volteadoras: autómatas encerrados entre el oro ú la seda, á los quales tan solamente el placer mueve y *anima*. No necesitan mas que de diversiones, y todas las demas pasiones estan siempre en ellos subordinadas á la que les predomina que es el placer. El ingenio, este mico de la razon, es *su* único ídolo. Es el que les enseña el arte funesto, pero agradable, de seducirse á sí mismos. Hace brillar delante de sus ojos cierta claridad engañadora, exâlta y diviniza ciertos juegos de niños miéntras que cubre con densas tinieblas lo venidero, y las verdaderas alegrías de la razon. Él ex-

travia su imaginacion por unos espacios encantados. Substituye sus leyes mentirosas á las tablas externas de la naturaleza; muda á estas, las alarga ú acorta á su gusto. Obedeciendo á sus inspiraciones el hombre, se condena á no ser por toda su vida mas que un niño grande, un sybarita delicado y voluptuoso, que no respirará sino por el placer, y cuyos regocijos no serán sino mas variados, mas multiplicados, ó mas sofisticos que los de los otros animales. El alma de los hombres de esta clase, como que se deslie con su propia sangre, y no hace mas que un todo con él. Se encuentran tan bien en este mundo, que ni aun tienen tiempo para desear otro mejor; y si fuesen capaces de apetecer otro, seria seguramente el de Mahoma.

Esta clase se diferencia de la primera en todas sus partes. Mas penetracion, mas vivacidad en su ingenio, un tacto mas fino, mas delicadeza y sensibilidad en el alma, mas gusto, mas gracias y amabilidad en su ayre; tales son las causas de esta diferencia; á esta clase debemos los abusos agradables de las bellas artes; abusos que han disminuido su uso; la perfeccion de todos los instrumentos deleitables, los teatros, la magnificencia, y las comodidades de la vida, las monadas del luxo y de la vanidad; las modas, los juegos, &c. Es cierto que ha hermoseado ella una parte de la sociedad, pero fué casi siempre á costa de la otra parte.

Los hombres de la primera clase son los tributarios de estos, y los instrumentos natos de sus deleites. La

ocupacion de los primeros se reduce á procurar á los segundos las necesidades y recreos de la vida; á atormentarse para imaginar nuevas monadas, nuevas distracciones. Así es como se tienen agarrados recíprocamente. ¡Qué preciosa y bella seria la sociedad humana si se pudiera persuadirles á que mudasen los objetos de su afecto, y sacáran el contento de unas fuentes mas puras!.. La verdad seria aquí muy del caso, como pudiera resolverse á adornarse con un poco de ingenio.

Pero nada obra mas eficazmente sobre los espíritus de esta mezcla, que el fastidio, la edad, y lo que se llama golpes de fortuna. El efecto ordinario de estas suertes de acontecimientos es el de excitar en ellos la misantropía, que es una especie de

fiebre que tiene sus dias críticos, en los quales se acuerdan de sus pasados placeres, y los disfrutan aun por la reminiscencia, ó de comunicarles no sé qué impulso, que les disgusta de todo lo que es material, les inspira un grande deseo de dexar este mundo que *les* abandona, y un amor intenso *por las* regiones, que les convienen tanto mas, quanto para gozarlas no tienen ellos necesidad mas que de un ligero esfuerzo de su móvil é irritable imaginacion. Estos exemplos son *bastante* freqüentes, particularmente en la mas bella mitad de nuestra especie; y sabemos que muchas mugeres amables han caido en la idea de hacerse espíritus fuertes tan solamente quando se han visto en la precision de tener que renunciar á la representacion del papel de divinidades corporales.

Estas dos primeras clases tienen una misma desgracia, la de que sus sentidos las gobiernan despóticamente; de donde resultan mil movimientos desarreglados y excéntricos, y varias inquietudes interiores que comprometen su felicidad para siempre.

TERCERA CLASE.

La gente de meditacion.

La tercera clase es la de los que reflexionan, la qual se compone de cabezas de especulacion. Esta contiene una parte considerable del género humano desde aquel antiguo tan famoso que contó las veces que la misma letra se hallaba repetida en la Iliada hasta el sábio Bramin, que meditando profundamente sobre la nada;

principio de todas las cosas, segun su opinion, se esfuerza gustosamente para volver á entrar en ella. Los hombres de esta clase, como que parecen destinados á ser únicamente expectadores sobre el teatro del mundo. Al ver su aptitud, sus ojos fixos, y sus bocas abiertas, parece que no han *venido* al mundo sino para considerarlo. Por desgracia la mayor parte pone su atencion en objetos que el hombre sabio apénas los juzga dignos de una sola mirada.

Esta clase, como las anteriores, se divide en muchos ramos particulares. Aquellos á quienes la tierra parece muy corta, porque no es *mas* que un átomo en la inmensidad, se han apoderado del cielo como de su propio dominio. Se dedican á él exclusivamente, y pasan exâminándole

la mayor parte de su vida; aunque no vean en él mas que desórden y una contradiccion perpetua del sublime sistema que inventó su genio para rectificar el del astrónomo eterno. Sienten el no haber sido llamados á su sabio consejo quando llegó á establecer la marcha solemne de las esferas. ¡Dichosos de ellos si no le disputan su sabiduría infinita, y aun su existencia!.. Al verles, como que uno se persuadiria facilmente á que sacan de los mismos planetas el fuego de que necesitan para alimentar su genio, y á que toman de este comercio un modo de pensar mas noble, mas puro que el de los demas hombres, un sentimiento mas íntimo de su sublime destino. Pero no hay que pensarlo. Ellos se limitan á querer probar muy de cierto que la luna, este satélite de la

tierra, no fué formada para ser su antorcha durante la noche (1).

Otros espíritus de otro género toman un vuelo mas corto. Pasan su vida en llenar los fosos de animalejos, en cazar moscas, disecar mariposas, y en especificar todas las especies de insectos. Saben el *número* que hay de ellos, y les llaman por sus nombres. Conocemos algunos cuya fastidiosa fecundidad formó volúmenes enteros sobre las telas de araña, que anuncian la lluvia y la serenidad por la inspeccion de sus hilos; dan sus librejos como un descubrimiento; le tie-

(1) La religion (dice Young á este intento) se prueba muy particularmente por la astronomía: un astrónomo ateista ha de ser precisamente un insensato. *Noche* 20.

"Devotion! daughter of astronomi! an undevout astronomer is mad."

nen por una conquista, y estan de ella mas varios que nuestros héroes de la de la Italia, mirando con compasion al siglo que no produxo mas que los Kepplers y los Brahéés. Sostienen que la moral está contenida en un solo axioma, y deducen de él sus reglas y sus obligaciones. Otros inventan sistemas nuevos para dexar á sus sucesores el trabajo de echarlos por tierra. Los hay tambien que se extenuan por probar con una larga serie de conseqüencias que es medio dia quando el sol está en el meridiano; y hay tambien otros que gastan treinta ó quarenta años en la penosa é inútil fatiga de juntar los pensamientos de otros, sin pararse á pensar jamas por sí mismos. En esas compilaciones indigestas se encuentran enterradas, durmiendo juntas las opiniones discretas ú tontas, los errores ú las

verdades de los escritores antecesores, suyos desde Beroze hasta Retif. La mayor parte de los que se encargan de la noble tarea de letrados se deshacen por futilidades, y envejecen entre frioleras. Y el pequeño número de los que dedicándose á los trabajos útiles perfeccionan al hombre físico ó moral, y merecen así el llamarse los bienhechores del género humano, tienen alguna vez la desgracia de no ver en la verdad, é igualmente que en la virtud, mas que una bella teoría, un objeto que semejante al árbol de la ciencia del Génesis, solo es bueno á la vista, semejantes á los dragones encantados de los romances antiguos, que envejecen en los profundos subterráneos, guardando un tesoro cuyo uso y valor les es desconocido.

QUARTA CLASE.

Virtud, ó clase de eleccion.

Esta quarta clase es mucho ménos numerosa que las anteriores segun creo. Llega á dudarse hoy, por desgracia nuestra, de que es la mas excelente. Ella es en efecto el honor y la gloria de la especie humana, el adorno y el encanto de este mundo sublunar. Pero si hay alguna cosa entre nosotros que merezca atraerse las miradas de las celestiales inteligencias es sin duda la vida de esos hombres á quienes cupo la suerte de un amable natural, de una dichosa aptitud para el bien, de un vivo sentimiento de lo bello, del amor, del órden, de un gusto decidido por todo lo que es verdadero, bueno y perfecto.

Los hombres de esta clase, sin po-

seer unos talentos extraordinarios, tienen un ingènio bastante justo y claro para discernir lo verdadero real de lo que tiene las apariencias de tal, para cogerlo y atenerse á ello, á pesar de los prestigios de la imaginacion, de las ilusiones de la costumbre, y de los gritos del amor propio. La *virtud* es la única cosa que tiene justos derechos sobre los corazones. Estos tales hombres menosprecian la baxeza del alma que no ama mas que á sí misma. Su felicidad consiste en hacer bien. El gusto del placer como que predomina algunas veces su juventud, pero no hay que temer, ella está baxo la salva guardia del honor, que no es ménos querido de su corazon, y que sirve de contrapeso á sus cebos peligrosos. Pueden tal vez extraviarse; algunas apariencias engañadoras pueden hacerles caer en

los lazos, y seducirles por un instánte; pero su alma no sabe obstinarse en la maldad; detesta la picardía, la envidia, el ódio, y las inclinaciones viles y aborrecibles. Su genio franco, su dichoso natural, su buena fe, ó no les permiten el apartarse por mucho tiempo del recto camino, ó les vuelven á él prontamente, y les hacen andar por él á cada dia á pasos mas largos. Corazones sensibles y generosos que naciéron solamente para la amistad, para las pasiones tiernas y afectuosas, para todo lo que es bueno, noble y útil entre los hombres. Para estos es particularmente para con quienes no es perdido quanto haya hecho de bueno y laudable. Á estos es á quienes se dirige Montesquieu quando pleitea por la humanidad, y Fenelon quando hermosea la virtud.

Para ellos toda verdad es una conquista, y toda perfeccion un regocijo. Dotados de los órganos dichosos que hacen amar con pasion lo bello y lo verdadero en todos géneros, gozan de la variedad fecunda y sublime de la naturaleza. Para ellos sí que es esta misma naturaleza bella y agradable. Saben admirar sus maravillas, y conócer sus nudos delicados é imperceptibles. Gozan del espectáculo del universo, y raciocinan sobre sus encantos. Este mundo es para ellos, pues que le poseen sin dexarse arrastrar de sus ilusiones.

Si puede decirse con certeza que los exemplos vivos, los quadros parleros de la virtud son mas útiles y persuasivos que las disertaciones de los Lyceos y Academias; tambien es constante que solo es particular al cor-

to número de estos sabios-prácticos el conservar entre nosotros el fuego sagrado, y que contribuyen mas ellos á la felicidad de sus semejantes que la numerosa caterva de sabios de especulacion.

Tales fuéron entre nosotros aquellos hombres generosos, filantropos ilustres, que se presentáron siempre como bienhechores de sus semejantes, sin esperanza de recompensa por su parte, y muchas veces á costa de su tranquilidad, de su fortuna, y aun de su reputacion; los Fenelones, los Vicentes de Paula, los Chamausets, los Lagarayes, y tú tambien virtuoso Penthievre (1).

(1) ¿Quién hay que no tenga noticia de la inmensa generosidad de este Príncipe de la sangre Real de los Borbones de Francia? Parecia que la Providencia le habia puesto en

Tales fueron en tiempos mas remotos los Arístides, los Sócrates, los Catones, los Antoninos, y los Marco-Aurelios,

"Tal fué el héroe nombrado que en Roma floreciente
de Saturno y de Rhea el tiempo hizo *presente*,
que al universo entero hizo su yugo amable,
y todo mal ageno creía él remediable;
que suspiraba el dia que su mano dichosa
no habia de laudable obrado alguna cosa."

Boileau,

medio de la corrupcion de su siglo, como un astro que se ve resplandecer en el recio de una tempestad sobre el vasto seno de los mares, para indicar á los navegantes extraviados el rumbo que deben tomar. Su espíritu y conocimientos eran iguales á sus virtudes; sin embargo de que no era filósofo. Aun así al salir D'Alambert de una conferencia que tuvo, de dos horas, con él, tratando de las qüestiones mas importantes de la política y la

Tales son tambien estos hombres obscuros que separados de la vista de un público injusto practican el bien entre el cielo y su conciencia, y caen sin fausto y sin gloria agoviados baxo el peso de la desgracia, de la pobreza, de la persecucion y de la calumnia, ántes que ceder á una injusticia, ó de sembrar la revolucion en la sociedad!.. ¡Ó ciudadanos, ciudadanos! buscad con ansia la virtud y con ella tendreis todos los demas bienes. Honradla aun mas que al valor. El valor tumultuoso de Temístocles hubiera perdido á Athenas si no hubiera sido por la inflexîble virtud de Arístides. La virtud fué la que dió

moral, dixo así este filósofo: *Yo me esperaba no haberle oido mas que sandeces; pero solo he escuchado de él máximas y principios.*

el imperio á Esparta y á Roma; así como fué su desprecio quien entregó estas repúblicas á la esclavitud, quando ellas pusiéron en su lugar el oro y las diversiones. Honrad la virtud, y honradla aun mas que á la ciencia. ¿Qué es la ciencia sin la virtud? Una arma entre *las manos* de un loco. Concededme mas estimacion y aprecio al ciudadano humilde que la practíca silenciosamente que al sabio orgulloso que la desdeña: y acordáos de que tenemos *tanta* necesidad de buenas costumbres como de las ciencias en estos dias de depravacion, en que los buenos exemplos son aun mas raros que los buenos libros!...

QUINTA CLASE.

Los genios superiores y transcendentales.

He señalado á todos los hombres la diferencia que hay entre ellos y la clase de su colocacion; exceptúo, sin embargo, los espíritus raros y extraordinarios tan superiores á los demas que comunmente se les da el nombre de *ingenios*: lo que significa *seres separados del órden comun.* Su número es mayor ó menor á proporcion que el Autor de la naturaleza lo juzga útil para la conservacion del órden moral, ó para sus restablecimientos, pues hay buenos y malos ingenios. Unos y otros tienen de comun el estar do-

tados de talentos extraordinarios, y que manifiestan, si puedo explicarme así, algo de Colosal, ó giganteseo en la forma de su espíritu. Una ardiente curiosidad les hace distinguir en su juventud. Se nota en ellos una actividad que los mismos obstáculos la irritan *mas*, *una* pasion por la libertad, que les hace indóciles é impropios á cierto yugo, cuyos límites pasan siempre con valentía, y una energía en su alma, que les hace capaces de las *mayores* empresas. Cultivando estos raros talentos, desenvolviendoles por el estudio y la reflexion, por el trato con el mundo, por la experiencia de los hombres y de los negocios, llegan á aquella transcendencia y energía de carácter que tanto les eleva sobre las otras clases de gente.

El teatro en que semejantes talentos deben representar, debe ser vasto. La esfera donde son llamados para exercitar su actividad, debe ser grande precisamente. Ellos son destinados para ser los legisladores, los fundadores, y los xefes de las naciones. Les cupo en suerte el don de abrazar el sistema social á primera vista, el de preveer y proveer á todo. La naturaleza se descarga por medio de ellos del cuidado de disminuír la suma de los males de las sociedades políticas, y de aumentar sus utilidades. Y por la razon de que los obstáculos que se oponen á la execucion de estas medidas son tan multiplicados y trabajosos, por eso mismo les dotó la naturaleza de tanto vigor, de una vista tan perspicaz, de la necesidad de obrar, del entusiasmo

de la gloria, y del sentido íntimo de su fuerza. Esto fué para que hiciesen en efecto al género humano todo el bien que las almas generosas, pero ménos enérgicas, de las otras clases, no pueden mas que desearle. Los pocos de entre estos ingenios, que son fieles á su vocacion, se semejan *á las* inteligencias celestiales, que, segun la opinion de los Antiguos, velaban sobre el universo, gobernaban las esferas, y executaban las órdenes de su eterno Criador. Poseen todo lo que falta á los otros hombres para hacerse dichosos. Han nacido propiamente para gobernar. Disipan la ignorancia, y combaten las preocupaciones, y los errores prácticos; monstruos mas temibles que aquellos otros, cuya destruccion hizo poner á Hércules en el estado de los Dioses. Ellos tienen el

precioso encargo de derramar la luz; la actividad y el órden en la vida humana. Enseñan ó defienden las leyes santas de la naturaleza, que son el fundamento de todas las otras. Recorren los desiertos, penetran los montes, las grutas y peñascos. Hay ciertos seres salvages, cubiertos de ruda cerda, armados de afiladas garras, compañeros de los leones y los osos, paciendo la yerba; ¿son estos hombres? Ellos les domestican, suavizan sus costumbres feroces, y les elevan al grado de las naciones políticas. Tales monstruos, cuyo genio exterminador desolaba ántes mi patria, estos tigres de cara humana, estos geroglíficos de todos los crímenes, estos otros hombres depravados, conducidos á los últimos límites de la civilizacion, y prontos á volver á sumergir la sociedad en

un caos mil veces mas horroroso que aquel otro de donde salió; y que si no se pone en esto cuidado deberá ella avergonzarse mas aun de su sepulcro que de su cuna. Los ingenios privilegiados son los que deben hacerles oir la voz de la naturaleza, de la razon, y mas particularmente *la* del sentimiento; deben convencerles de que la nocion del bien y del mal no es arbitraria; que existe un órden moral, así como hay un órden fisico; que no se comete impunemente la infraccion de sus leyes, pues no queda fuera de ellas, sino la confusion y desgracia. Á ellos les toca el persuadir á los débiles, contener á los rebeldes, y conducirnos á todos hácia la felicidad. Así con las dos facultades de institutores y restauradores de las sociedades estos hombres

privilegiados realizarán lo que se dice de la lira mágica de Orféo, que tenia el poder de ablandar los peñascos, y domesticar los tigres.

¡Qué doloroso es el ver á estos sublimes ingenios cómo abusan algunas veces de sus nobles facultades; cómo pierden de vista el verdadero honor; cómo se dexan cegar de una quimera, y cómo caen del colmo de la gloría al abismo de la ignominia! Eran llamados para ser los bienhechores del mundo, el ornamento y la gloria de su especie, y serán su desastre y sus destructores. Quando veo á Alexandro corriendo en busca de laureles, se me figura que veo á un Angel exercitando las funciones de un insecto. ¿Cómo es que unas pasiones tan viles pueden nacer en las almas celestiales? Predominarse á sí mismo, es el grado

mas sublime de la grandeza. El que no sabe reynar sobre sí, no debe aspirar á gobernar á los otros. ¡Es ciertamente una desgracia general el que un héroe carezca de un juicio recto! ¡Quánto importa el que él sepa discernir bien lo que es verdaderamente grande, y digno de elogios!....

Yo me avergüenzo y estremezco quando pienso en los crímenes horrorosos, en los excesos de furor de tantos grandes ingenios, en las guerras abiertas ú ocultas como han causado á la humanidad; quando considero la suma y la enormidad de los males que nos agovian, y en los débiles remedios que en esta ocasion nos han procurado. Las pasiones brutales desenfrenadas, que se hacen mas funestas y temibles quando el ingenio las acoge baxo de su defensa, y se

encarga de su apología; un egoismo villano que se reconcentra en su torbellino, y quiere atraer allí á todo el mundo: el olvido de las obligaciones sagradas que contraximos al nacer con el Autor de nuestro ser, con la sociedad y con nosotros mismos; *la* horrible hipocresía que se cubre con la máscara de la virtud, y la hace servir al vicio; el fanatismo político religioso, científico, filosófico, que la ambicion, la avaricia ó el orgullo han encendido en todos los paises, en todos los siglos, y en todos los gobiernos: anarquía, licencia, poder arbitrario; en una palabra, ¡un desórden tan terrible que no se ve en su superficie mas que un caos! La mayor parte de los hombres son esclavos, ya de la opinion, ya de la costumbre, y lo que es aun peor, ¡es-

clavos de su propia sinrazon, y de sus locas pasiones!...

¡Y qué hacen en favor de estos desgraciados esos ingenios poderosos, cuya asistencia tienen el derecho de reclamar!.. ¡Qué socorros les prestan contra tantos enemigos encarnizados! La mayor parte de ellos abusan de su superioridad para sumergirles ántes en el abismo. ¿Qué hacen esas cabezas sublimes, á quienes ha provisto la naturaleza de unos talentos magníficos, á quienes ha descubierto tantos secretos para cortar el orígen de nuestros males, ó disminuir su número?.... Están combinando sistemas, contando los granos de arena que cubren las riveras; ¡como si estuviese ya hecho todo lo que importa mas á la humanidad; como si el hombre fuese por todas partes instruido y feliz!

Gastan su tiempo y su atencion en vanas agudezas, en sutilezas; cuya mayor utilidad consiste en impedirles que se ocupen en hacer mayor mal! ¡Qué tristes son estas reflexiones para los corazones que han nacido sensibles!.. ¡Ó tú, que te has adelantado como un prodigioso gigante en tu admirable carrera, que solo respiras la paz, con tantos motivos de buscar la guerra y los combates; héroe de los Alpes y del Nilo! Acaba tu obra, y corona nuestro destino. ¡Se reservaba sin duda para tí el demostrar el modelo de la verdadera gloria y del perfecto heroismo: y no consisten en mas (como lo sabes) que en el bien que se hace á los hombres!...

Me parece que no tengo necesidad de advertir á mis lectores, que no es mi intento el colocar á todos los sa-

bios en la tercera clase, así como tampoco pongo á todas las gentes del mundo en la segunda. Seria desproporcionado é injusto el deslucir de este modo tantos nombres famosos que hacen honor á la poesía, la eloqüencia á las ciencias exâctas y naturales, á la metafisica y la moral. Se necesitaria en este caso poner en la misma categoría á un Bacon, un Leibnitz, un Newton, un Bossuet, un Pascal, un Labruyere, un Buffon, un Linnéo, &c. y á todos esos Pigméos de que tanto abunda el mundo sabio y literario. ¡Estoy muy distante de este injusto pensamiento! Mi opinion es, que un hombre, qualquiera que sea su ciencia ú su arte, pertenece á la tercera, á la quarta ó quinta clase: segun sus talentos, su carácter moral, y el uso que hace de sus facul-

tades le distinguen mas ó ménos entre sus contemporáneos. Tampoco niego que sucede con mi plan de gerarquía lo que con otros, en que se ha procurado arreglar en clases particulares una multitud de objetos semejantes entre sí en algunas circunstancias, y que se diferencian en otras. Hay algunos seres, de los que no puede afirmarse justamente que tocan á tal ú tal clase. Hay otros, que al parecer estan en la que se les señala, como para llenar un vacío, para formar un nudo entre dos clases que estan muy juntas sin tocarse. Si entre los individuos que componen la especie humana, se creyera notar algunos de ellos que no pertenecen á clase alguna de las cinco que acabo de establecer, miéntras que un espíritu, mas exâcto que el mio, arregla otra gerarquía mas clara que

esta, se les puede colocar entre *las* semejantes, creyendo que ellos son entre los hombres lo que los Zoofitos entre los animales y las plantas; lo que los topos entre los quadrúpedos y las aves; los castores entre los peces y los quadrúpedos; y lo *mismo* que los vecerros marinos entre *los* cetáceos.

Observacion importante sobre las gentes de letras.

Debo advertir tambien, que la clase de los conquistadores no se limita solamente á los hijos de Marte y de Belona. El mundo sabio tiene tambien sus Alexandros, sus Mahomets, y aun sus Cromweles; sus asaltadores de opiniones, sus destruidores de sistemas; héroes por el pensamiento, como los

otros lo son por sus hazañas ; hombres dotados de talentos extraordinarios; ellos registran con una mirada de lince los vastos dominios del mundo intelectual, y la circunscripcion de cada ciencia en particular. Puestos por la naturaleza en una altura inaccesible á la mayor parte de sus contemporáneos descubren con diferente claridad las esencias de las cosas, y respectivas relaciones. Llamados para entregar á la generacion que nace el vasto depósito de los conocimientos humanos, de que parece ser ellos los legatarios universales ; el gusto de abrir las sendas desconocidas al ingenio ; de admirar á su siglo por combinaciones nuevas ; y la ambicion aun mas fuerte de depositar el pensamiento, y de reynar sobre los espíritus, les inspira aquel vigor indómito, aquella fuerza varonil de que

tienen necesidad para echar por tierra las opiniones recibidas, y elevar la suya sobre sus ruinas.

Todo espíritu superior que tuvo ántes que ellos el cetro de la opinion, es un usurpador ilegítimo, ó un ambicioso intruso. Cada sistema, cada institucion, ó cada uso recibidos al tiempo de su aparicion, son, ú otras tantas preocupaciones absurdas, que su predestinacion les precisa á reformar, ó intolerables abusos de que tienen la mision de librar al género humano. Desde los primeros pasos de su carrera les hace ya conocer su alma de fuego, su valor de bronce, y su ímpetu desdeñoso. Sus miradas no buscan ni descubren mas que un solo punto; que es el alto fin que se proponen. Ni los peligros, ni los obstáculos les detienen, y saben destruir con

igual suceso los que se oponen á sus sectarios. Una eloqüencia penetrante, una imaginacion ardiente, una perspicacia que participa de la adivinacion admira y ciega á la experiencia aturdida, á la juventud codiciosa de novedades; y algunas veces tambien al apasionado imparcial de la verdad, que la busca en la paz y en la sinceridad de su corazon.

El resplandor de la fama de estos novadores, la alta consideracion que les procuran los aplausos de sus numerosos discípulos, la ambicion de elevarse á la dignidad de fundadores de escuelas, de xefes de sistemas, el honor real ó imaginario de haber hecho dar algunos pasos hácia los conocimientos humanos, excitan el ódio y la envidia de los que pensaban haber puesto en ésto los primeros cimien-

tos ántes que ellos. De aquí provienen las conmociones, las luchas terribles en que los modernos agotan contra los antiguos todos los rayos de la eloqüencia y las flechas mas aceradas de la sátira: de aquí los partidos, los vandos, las persecuciones, las guerras de pluma, donde aquellos que poco *ántes* buscaban la verdad, con la mayor candidez, acaban por perderla de vista, la sacrifican al espíritu de partido, y pelean por unos ídolos que ellos solos han deificado; guerras en que los campeones de las opiniones antiguas defienden los abusos, las preocupaciones y los errores con el mismo zelo que los axîomas de la razon, y en que los novadores atacan las verdades mas incontestables con tanto encarnizamiento como los errores mas monstruosos; guerras que se dirigen con-

tra la moral amenazando los sentimientos religiosos, las leyes, la sociedad entera, con una ruina total, y cuyo resultado es, casi siempre, por conclusion, el poner á la imparcial posteridad en estado de sentenciar sobre las qüestiones en litigio con mas libertad y conocimiento de causa, y de elevar sobre las ruinas de los sistemas el robusto edificio de la razon y la experiencia.

¡La augusta verdad, al salir de esta lucha tenaz y sangrienta, libre de las nubes del error, su eterno antagonista, la verdad santa alza su frente, satisface y derrama su deliciosa influencia sobre el universo tranquilo, así como otras veces la señora del mundo salió mas bella y pomposa del monton de cenizas, donde la habia ocultado la rabia simple de un tirano!...

No tienen sin embargo todos los caractéres exâgerados, ni los mismos talentos, ni las mismas victorias. Ciertos *Caballeros andantes* se arrastran en seguimiento de los héroes y genios extraordinarios, agitándose en una esfera ménos alta y mas circunscripta. *El* mundo sabio tiene sus Don *Quixotes* como el mundo caballeresco, y tiene sus duelistas y partidarios como el estado militar. Tanto en este mundo como en aquel se hallan varias gentes que no sabiendo hacer mejor cosa, se divierten en pelear contra *los molinos*, é incendian las cabañas: ¡seres singulares, especie estrafalaria, cuyas paradoxas causan algunas veces mucho mal, aunque en otras suelen abrir la senda á algun bien!...

Nos enseña la historia que es preciso que los conquistadores, los no-

vadores y destruidores de las provincias y de los sistemas, arruinen y destruyan todo en el mundo literario, como en el mundo político, porque es así como por lo comun se consolidan la virtud, el órden, las leyes y la política. Así tambien en el órden moral, como en el fisico, los vientos y las tempestades limpian, purifican la atmósfera, y sacan la serenidad del seno mismo de la tempestad: así la divina Providencia sabe someterse los genios mas altivos, los caratéres mas indómitos, haciéndoles servir de instrumentos á sus eternos designios, y haciendo salir la felicidad general del mal particular.

RECREO QUARTO.

USAD SIN ABUSAR,

Ó EL CONSEJO DE LOS DIOSES.

FICCION MYTHOLÓGICA.

"Un corazon tenemos, que el cielo nos ha *dado*,
fuerza es que de deseos siempre esté *rodeado:*
en su bondad, Dios mismo nos colmó de pasiones,
y son un don divino, con riesgos y aflicciones;
es su uso tan dichoso, como su abuso triste:
usad sin abusar; todo en esto consiste."

Ya hacia bastante tiempo que se conservaba una oculta enemistad entre la Diosa de la sabiduría y la madre del amor. Una envidia silenciosa devoraba sus corazones. Cada una de estas dos divinidades aspiraba á reynar exclusivamente sobre la tierra; pero los mortales que dedicaban su incienso á los altares de la una, no se

acercaban sino raramente á los de la otra. Era preciso que el culto de Venus empezase á parecerles penoso para que se consagrasen al de Minerva. Solo de quando en quando se veía á algun hombre prudente dividir con igualdad sus ofrendas entre estas dos deidades; y no era á este seguramente á quien Minerva hallaba *in petto* el ménos sabio, pero entónces se esforzaban las dos por adquirírsele para sí enteramente, pues cada una le colmaba á porfia de sus mas dulces favores para encadenarle así á su partido. ...

La zelosa ambicion en que sus corazones estaban sumergidos, tomando cada dia nuevos aumentos, no podia tardar en hacerse pública; pero temian el irritar á Júpiter, á quien sus querellas interiores hacian ya arquear las cejas, y arrugar su frente venerable.

Por una parte veía á la hija de su genio: y tales hijos estan siempre seguros de inspirar una tierna predileccion; por la otra tampoco podia disimular las dulces obligaciones que él debia á Venus. ¿No es ella la que hizo sonar por él aquellas horas pastorales y dichosas donde, olvidando su *suprema* magestad, él descansaba de los cuidados de su imperio, casi casi como nuestros semi-dioses terrestres se reposan de las fatigas del suyo?

Por lo comun las hostilidades de nuestras dos divinidades se reducian á miradas, ironías, y á algunas alusiones malignas, en fin á este género de guerrillas sin publicidad, con que las mugeres sacudiéndose con golpes de agujas y de alfileres, no se hacen heridas ménos profundas que nuestros guerreros con arma blanca, ó á des-

carga cerrada. La que ponia mas cuidado en el ataque y la defensa era (se necesita confesarlo) la amable Cytherea (1). Minerva era demasiadamente seria para querellarse mucho tiempo con gracia, y dexar de caer en el tono filosófico. Esperando el fin de sus largos analisis, y de sus pomposos discursos se creyó Apolo en una de las academias de la Europa. Bostezaba con una fuerza capaz de marchitar el laurel inmortal que reverdecia sobre su cabeza. Recostado Baco contra una columna del palacio de los Dioses, con sus piernas tendidas y los brazos colgando, roncaba tanto, que hacia resonar el eco por los altos techos: aun la misma águila de Júpi-

(1) Cytherea: nombre que la Mythología da tambien á Venus.

ter se dormia puesta sobre su cetro de oro en aquella bella actitud en que Pindaro sabe representarla pitorescamente; miéntras tanto la negligente Venus se entretenia en retozar con su hijo, en echarse en los brazos del negro Vulcano, en prodigarle mil tiernas caricias, en decirle mil *locos* requiebros, y en darle mil besos suaves sobre sus mexillas y labios, con tanta gracia y desparpajo que los mismos Dioses empezaban á salir de su adormecimiento, y no atendian á *los* sabios discursos de Minerva, lo mismo que si ella no hubiese estado allí. Ellos reían á carcaxada al ver este buen marido que tomaba esta falsa moneda por dinero contante, de modo que ni sentia donde estaba de tanta alegría y regocijo. Tales escenas penetraban á Minerva hasta lo mas íntimo, y es-

tuvo ya casi para declarar con mal humor la amargura de su alma; pero se contenia acordándose de que era la Diosa de la sabiduría.

Hija mia, la dixo un dia al oido Júpiter, me parece que tienes grande interes en guardar buena armonía con Cytherea... Minerva comprehendia la verdad de este dicho; pero los golpes que llevaba eran para ella muy sensibles y freqüentes. La envidia era ya en su corazon una llaga incurable. Toda la tierra se dirigia á los altares de su ribal, y se la ofrecian las primicias, y lo mejor de las flores y frutos. Por el contrario, solo llegaban á los altares de Minerva aquellos que carecian de medios suficientes para hacerse á Venus favorable, y solo se la presentaban algunos dones marchitos y vanos.

En las fiestas de Cytherea se veían

concurrir los enxambres numerosos de jóvenes lozanos, y de doncellas resplandecientes de gracia y hermosura. Este alegre concurso se estrechaba entre los prados de Paphos y de Amathonta (1), cantaba himnos, formaba vistosos bayles, y causaba *un delicioso* y amable tumulto. En los *santuarios* de Minerva se descubrian por intervalos algunos raros y débiles pares de viejos caducos, y de bellezas pasadas, que arrastrándose con pena, traían su incienso al parage de *las* ofrendas, y no prometian sino muy cortos servicios á su imperio. Era un raro prodigio el ver allí á un jóven ó

(1) Ambas á dos son ciudades (segun los Mythológicos) consagradas á Venus en la *isla* de Chipre, donde se la habian erigido los templos mas soberbios.

una doncella. Si por casualidad en el exceso del furor, por haber sido despreciado ó vendido por una insensible ó pérfida amante, pasaba un jóven del amor á la sabiduría, esto era con un paso lento y pesado: echaba siempre hácia atrás sus miradas, y por lo regular no dexaba de volverse desde la mitad del camino. La menor mirada, la risita mas pequeña bastaban para disipar su humor, y hacerle volver atrás con mas arrebato. Y aun en el número de los viejos que abrazaban el culto de Minerva, habia muy pocos que la sirviesen con la verdad de su corazon. La mayor parte no solicitaban sus favores sino por la imposibilidad en obtener hoy lo que ántes la hubieran ellos antepuesto y preferido.

Una tarde en que el astro resplan-

deciente iluminaba con sus dorados rayos, y una claridad dudosa, la humilde mansion de los mortales, descendió Minerva desde el Olimpo para visitar al mas amado de sus favoritos, y comunicarle sus tesoros mas preciosos. ¡Qué dolor! Halló ya el puesto ocupado por Venus. En aquel mismo dia habia conducido la Diosa á su filósofo á los altares del Himeneo. Este nuevo triunfo de su rival era ya muy duro para su amor propio, y no le podia devorar en silencio. Así desde este instante no guardó ya medida, no se contentó con moralidades ni epigramas. La fiereza, la valentía y el resentimiento se notaban en sus facciones igualmente que en sus palabras.

Júpiter, deseoso siempre de hacer reynar la paz en su Olimpo, quiso

hacérselo entender así á su hija, por una mirada terrible que la echó arrugando su frente, y arqueando sus cejas. Pero todo fué en vano. Por último la dixo con un tono colérico estas cortas palabras, que pensó bastarian para Minerva: que tales rompimientos le parecian poco dignos de la Diosa de la sabiduría.

¡Ó Júpiter! ¡Ó mi padre! Gritó Minerva, desentendiéndose con cuidado de la conversacion; ¡hacedme la gracia de responderme! ¿Qué es una divinidad? Me he engañado freqüentemente en la idea que me he formado de esta palabra. Las hay de ellas, cuyos templos se elevan hasta los cielos; para quienes no dexa de humear el incienso de un sol al otro; delante de cuyas imágenes se prosternan con respeto las naciones enteras; y las

quales carecen, sin embargo, del primero y principal carácter con que debe ser reconocida una Divinidad. - Una mirada expresiva que dexó caer sobre Venus, al decir estas palabras puso á ésta en la necesidad de tener que responderla.

VENUS.

¡El primer carácter de una divinidad!... Jamás me he quebrado la cabeza en soñar difiniciones, señora. ¡Me haria vmd. el favor de enseñarme lo que es una divinidad!

MINERVA.

¡Cómo! Que, ¿qué es una divinidad? Quando el hombre se pregunta: ¿Quién soy yo? Afirma ya su superioridad sobre el bruto. Quando es una divinidad quien se hace esta qüestion, su ignorancia la pone y rebaxa al nivel del hombre... Este carácter (pues que vmd. no lo sabe, señora) es la generosidad; el cuidado de los mortales confiados á nuestra providencia.

VENUS.

¿Y se servirá vmd. decirme quál es la divinidad á quien falta ese eminente carácter?...

MINERVA.

¡Ó, con mucho gusto!.. Una pregunta indiscreta suele ocasionar una respuesta sensible... ¡Esa divinidad es vmd.!

¿Yo? Respondió Venus *sonriéndose*, y echando por la Asamblea una mirada serena, que significaba lo mismo que si dixese: No; mi conciencia no me acusa.

MINERVA.

¡Pues qué, señora!.. Quando los gritos agudos del dolor que penetran nuestras mansiones celestiales, exceden de tal modo los acentos de la alegría, que el mismo Júpiter cree perder su reposo en el fondo de su pa-

lacio, y se olvida del cielo, en medio del cielo mismo; ¿quién sino vmd. puede causar esto? ¡La voz de los desgraciados que vmd. hace, mueve semejante tumulto!

VENUS.

¡Cómo, señora! ¿Qué es lo que vmd. piensa de los suspiros de los amantes?.. Créame vmd.; en los acentos condolidos de un *adagio* hay, por lo comun, un deleyte mas dulce y profundo que en los sonidos rápidos y precipitados de un *allegro*... ¡Yo! ¡Haria yo desgraciados! ¡Pregúnteselo vmd. á mis amigos los poetas!

MINERVA.

¡Amigos de vmd. los poetas?..

¿Qué se ha de decir de esto?.. ¡Son esos poetas!...

¡Pobre Apolo! Decia á voz baxa Venus.

MINERVA.

¿Á qué fin viene eso? .. *Ese arbitrio para formarse vmd. aquí un partido*, es insuficiente. Quando el soplo divino de Apolo inspira á un poeta, su vena dichosa celebra á los héroes, á los sabios y á los Dioses. Pero *los cantores del amor lo son tambien del vino*, y sacan su genio de la copa del hijo de Seméles.

¡Ah, ah! gritó Baco riéndose, y alargó su vaso á Ganimedes para que se le llenase.

Pero Venus se levantó, y arrojóse de un brinco al pie del trono de Júpiter.

¡Padre de los Dioses! (le dixo ella con una gracia inexplicable que ahuyenta las penas, y desecha los cuidados: y le puso suavemente la mano sobre su rostro divino, haciendo desaparecer de allí la menor arruga, y causando una envidia rabiosa á la severa Juno) ¡Padre de los Dioses (volvió á decir con una voz encantadora) pues que me conoceis, debeis vos saberlo: ¡es verdad que yo hago desgraciados!

La perplexîdad del buen Júpiter era extrema, y Juno (1) se estremecia sobre su asiento; porque por mas irritada que ella estuviese contra los desórdenes de su marido, no queria que se hiciese en público la menor men-

(1) Diosa de los Reynos, Reyna de los Dioses, muger de Júpiter, é hija de Saturno y de Rhea.

cion de ello. Solamente en los ratos del tierno retiro, y en los brazos del Himeneo era donde llegaba ella á afearle semejantes desarreglos.

Pero en fin (volvió á decir Júpiter, despues de haber dudado por algun tiempo) ¿qué significan, hijas mias, vuestras disputas eternas? *Si la* generosidad, como ha dicho Minerva, es el carácter de la divinidad, bastará el que os reconcilieis, para divinizaros mas y mas. Apolo os lo ha aconsejado así, y yo os lo mando. *Haced* una alianza eterna entre vosotras, y *los* mortales no tendrán ya necesidad de travesar las obscuras riveras del Cocyto (1) para encontrar los Elysios: los ten-

(1) Cocyto, rio del infierno, que rodea todo el tártaro, y crece solamente con las lágrimas de los perversos.

drán junto á sí siempre. ¡Tú, Minerva! ¡Tú eres rigorosa con demasía; y tú, Venus, ligera é inconstante con extremo!

¡Yo severa! (dixo Minerva, y rogó á Juno le prestase por un instante su Iris (1), que esta le dió con gusto). Habló Minerva dos palabras al oido de Iris, que montó sobre su arco de mil colores, y en un abrir y cerrar de ojos fué descendida á la tierra. - Acepto (dixo ella entónces á Júpiter) la alianza eterna que me proponeis; pero os pido un corto momento, y direis vos mismo lo que debo yo hacer. - Á muy corto instante estuvo Iris de vuelta en el Olimpo, y

(1) Mensagera de Juno, quien la metaforsó ú convirtió en arco de diversos colores, y la colocó en el cielo por recompensa de sus buenos servicios.

presentó á la Asamblèa de los Dioses una figura que les hizo estremecer. No era este ya un hombre, sino el simulacro imperfecto de tal, un viejo decrépito, descolorido y trémulo, en los mejores dias de la juventud. Sus ojos, donde no brillaba ya la menor chispa de vida, estaban apagados, y metidos en una profunda cabidad, donde apénas podian distinguirse; su cabeza estaba caída sobre su pecho, y su voz cascarrosa como la de Nestor....— Mirad, ved ahí, dixo Minerva, la alegría y felicidad con que la divina Venus recompensa á sus adoradores. La tierra está cubierta de semejantes espectros. ¿Y la teneis por la Diosa de la vida? Os engañais; ántes mas bien tiene ella jurado un pacto con las divinidades infernales, y quando las crueles parcas, ménos inexôrables que

ellás, apénas han cortado la mitad del hilo de la vida mas floreciente, corre ella á toda priesa con sus funestas tixeras, y le corta muy risueña.

Las divinidades, reunidas allí, no pudiéron contener su indignacion al ver al hombre, su obra, degradado hasta tal punto por el abuso de los deleites; pues se interesan ellas siempre en su felicidad. Júpiter movió su cabeza inmortal, y se estremeció el Olimpo hasta en sus cimientos. No hubo en él ni un Dios siquiera que dexase de condenar en voz alta á Venus; y el exterminador del género humano, el cruel Marte, juró por todos los torrentes del tártaro, que si él fuese Júpiter sabria muy bien vengarse... Sin embargo la divina Cytherea abatida y consternada con todo el exterior de

la desesperacion, como si hubiese querido precipitarse por entre el parque de cristal del alto Olimpo á los profundos abismos del cáucaso, alzaba de quando en quando unos ojos tímidos y suplicadores, con que parecia que imploraba su perdon.

Pero la astuta habia hecho ya una señal á Mercurio, la que entendió este al punto, y partió como un rayo, lo mismo que si tuviese que executar algunas órdenes del soberano de los Dioses. Debe notarse que la seductora Venus, con su suave sonrisa y su habla graciosa hacia quanto queria del Olimpo, como si fuese su soberana. Cada qual la amaba y la servia con ahinco; los Dioses públicamente, y las Diosas en secreto.

Sin embargo Minerva habia empezado y continuaba una sublime ora-

cion, sabia y profunda, como las que suelen leerse de quando en quando en la aula de política y de moral del instituto nacional. Ella reducia á un perfecto análisis, con su acostumbrada sabiduría, la teoría de la verdadera felicidad, y probaba por conseqüencias deducidas de los axîomas mismos de la razon, que todos los bienes que Venus dispensaba á los mortales eran solo aparentes, falsos, transitorios, sensuales, animales, &c... Á este punto llegaba Minerva de su disertacion, quando volvió Mercurio de su encargo con tres simulacros no ménos horrorosos que el que Iris acababa de presentar. – ¡Aun mas fantasmas! dixéron los Dioses todos á un mismo tiempo. ¿No bastaba con el primero? ¿Se intenta hacer un tártaro del Olimpo? – Eran un sábio, un avaro y un

ambicioso los que habia traido Mercurio para confundir los delatores de Venus, y hacerla quedar bien. – ¡Ó Mercurio! (decia en voz baxa y suspirando Venus, como si no pudiese ya resistir el exceso de su humillacion) Mercurio!.. (1).

¡Cómo, Señora! dixo Mercurio, ¿qué teneis vos que ver con estos espectros? Avergonzaos si os parece de aquel otro, pero por lo tocante á estos, dexad que se avergüencen Minerva, Pluto (2) y la Fama. - ¡Miner-

(1) Hijo de Júpiter y de Maya: era el Dios de la eloqüencia, del comercio y de los ladrones, y el mensagero de los Dioses, particularmente de Júpiter, que le habia puesto unas alas en la cabeza y talones, para que executase sus órdenes con mayor prontitud. Fué muy amado de Venus, de quien tuvo á Hermaphrodita.

(2) Dios de las riquezas, ministro de Plu-

va! replicó Venus, recobrando toda su serenidad, miéntras que la divina Palas parecia haber perdido la palabra. Minerva (volvió á decir mirando una especie de momio que le habia dicho Mercurio que era un sabio) vaya que este no es un amante... ¡Gran Júpiter! este es un sabio, un filósofo!.. ¡Pobre criatura! Déxame, te miraré bien. ¡Cómo cierra los ojos! ¡Pues qué! esta luz dulce y pura ¿no te alegra la vista? ¿Tan débiles estan tus nervios visuales?..

. . . .

ton, é hijo de Ceres y de Jasion. Theócrito y Aristóphanes dicen que era ciego. Segun este último, Pluto, á los principios tenia buena la vista, y solo favorecia á los justos; pero habiéndosela quitado Júpiter quedáron las riquezas indiferentemente para los buenos y los malos.

EL SABIO.

¡Y mas débil está aun, ó Diosa, el órgano de mi oido! Dignaos hablar baxo, pues vuestra voz me aturde como el trueno de Júpiter.

VENUS.

¿Cómo es eso? quando todos los Dioses me aseguran que es mi voz la mas dulce del Olimpo. ¡Tú tiemblas y te estremeces! ¿Con que no sientes la influencia de esta primavera eterna?

EL SABIO.

¡Es imposible, ó Diosa! Los xugos de la vida se han disecado en mi cuerpo, y el húmedo radical está ya agotado en él.

VENUS (*á Minerva*).

Y bien, señora, el color de este y el de aquel; las mexillas cóncabas del uno, y las del otro; y la flaqueza del primero y la del segundo; todo esto se semeja á la grande: ¿no es verdad?..

MINERVA.

¡Osada comparacion! ¡Qué imprudencia!

VENUS.

¿Y por qué?

MINERVA.

Á lo ménos, pesando bien *las* circunstancias, mi favorito es el mártir del mas noble y mas sublime sacrificio. Él ha procurado formar *los* hombres por las ciencias y *la* sabiduría.

VENUS.

Y el mio por...

Aquí un grito de indignacion general se oyó por todo el Olimpo, y cortó la palabra á Venus. Todas las Diosas, la vieja Céres, su madre, y la augusta Cibeles, su abuela, se tapáron el rostro con sus manos, y llegáron á indignarse de la osadía de Cytherea.

Mercurio, que conservaba algun

resentimiento contra Marte, y que queria dexar ayrosa á Venus, se acercó á Júpiter, y le dixo: ¡dueño soberano del trueno! La humanidad afligida te habla por mi voz. No es á Venus á quien ella acusa de sus males. Siete veces ha recorrido ya el rubio Febo sus doce palacios celestiales desde que Marte está destruyendo la parte mas floreciente de la tierra. Varias naciones enteras alzan sus manos trémulas, y sus ojos humedecidos con sus lágrimas, hácia el trono de tu magestad, y te suplican que pongas fin á los horrores que les estan devorando.

Marte tomó la palabra vivamente, diciendo: ¡árbitro del destino! que abran los hombres sus ojos, y dexen de acusarme. Que reconozcan por autores de sus males á aquellos

mismos á quienes colman de favores y distinciones. Los sabios presumidos son los que encienden hoy el tizon de la discordia. Son los filósofos los que arman á los guerreros. ¿No estaba ya escrito en el libro de los destinos que despues de cincuenta ó sesenta siglos apareceria un filósofo que acusaría á la filosofia y las ciencias de todos los males del género humano?

Á estas palabras la sabia Minerva echó una mirada de compasion sobre el Dios de los combates. Este filósofo ha llegado ya: verdad es (respondió ella) pero el destino ha permitido que enmedio de mi cólera le descubriese yo tantas paradoxas para que él mismo fuese á los siglos futuros un exemplo terrible del abuso del genio. Pero ¿en qué se diferenciarian los

hombres de los monos, si retirásemos de ellos la filosofia y las ciencias? Mi voto es que despues de Venus debe acusarse al Dios de las riquezas de tantos males.

Al punto Pluto manifestó su disgusto de un modo muy sensible. ¡Qué (dixo él) las riquezas harian malos á los hombres! ¡Eh! ántes ellas solas son las que pueden ayudarles á sobrellevar el peso de la vida, que nosotros les imponemos á tan costosas condiciones. Y asegurarian su felicidad de modo que nosotros mismos envidiariamos su suerte, si mi sobrina Minerva les hubiese dado tiempo há, un buen código moral que les hubiese enseñado el uso prudente de ellas. No, no (añadió él) el libertinage, el infame deleite... Á estas

palabras Cupido, Himeneo y Lucina (1) se pusiéron al rededor de Venus, acusando á gritos las riquezas y la avaricia. ¡El infame deleite! repetia Pluto. La guerra, la guerra, decia Mercurio. No sino es los filósofos, gritaba Marte; en fin habia tal tumulto que nadie podia ser entendido. Todos los Dioses se decian unos á otros las cosas mas vergonzosas, y llegaban á hacerse los gestos mas provocativos. Parecia que el Olimpo estaba próxîmo á una revolucion, y que iba la paz á desterrarse para siempre de aquella feliz mansion.

Pero Júpiter se sentó sobre su eterno trono, y con un movimiento

(1) Divinidad que presidia á los partos. Á Juno se adoraba tambien con este nombre.

de su rayo, hizo señal á la multitud de los Dioses para que se dispusiesen á recibir sus soberanas órdenes. Á tan terrible señal se estremeciéron los cielos sobre sus polos; el viejo Atlas como qué se dobló baxo del peso que sostiene, y el Mauritano consternado temió la caida del mundo. Reinaba en el cielo el silencio mas profundo, y Júpiter habló así:

"No son las ciencias, ni las riquezas, ni la sed de los honores, ni los placeres del amor los que hacen á los hombres desgraciados. Podrian muy bien los mortales sin riesgo alguno procurarse la posesion de esos bienes, si supiesen usar de ellos con prudencia. Pero como no pudo mi eterna Providencia hacer del hombre

mas que un ser limitado y circunscripto, un anillo de la cadena graduada de los seres, es imposible que esta criatura perecedera se eleve desde la tierra en que habita, á la perfeccion de que su principio espiritual es susceptible, en otro mejor órden de cosas, que mi bondad le prepara. Todo lo mas que podemos nosotros hacer en el órden presente es el convenirnos para procurarle toda la felicidad de que su naturaleza actual le hace capaz. - Despues, volviéndose hácia Minerva y Venus añadió: considerad las conseqüencias funestas de vuestras disputas. Mirad los frutos de vuestra ambicion exclusiva. Nosotros no deberiamos tener todos, tantos como somos, mas que un solo templo y un mismo altar. Porque

el hombre no ha nacido para los solos placeres de los sentidos, ni para los placeres solos del espíritu. Él es infeliz, porque las falsas apariencias le seducen, engañándole sobre su mérito real; porque se entrega exclusivamente á los unos y á los otros; y porque no sabe usar ni de unos, ni de otros con una justa medida. Lo mismo que el hombre exterior no puede exîstir sin la reunion de nuestros beneficios físicos; sin mi celestial etereo, sin el ayre de Juno, sin las aguas de Neptuno, sin el fuego de Vulcano... – Ni sin mi divino nectar, interrumpió Baco, alzando su vaso.

Lo mismo el hombre espiritual ó interior, no puede elevarse á toda la perfeccion de su naturaleza, sin la

reunion de nuestros dones morales; ¡sin tus musas, ó Apolo! ¡sin tu sublime influencia, ó Minerva! Enseña, hija mia, á los hijos de la tierra á disminuir la suma de sus males practicando tu sabiduría, concediendo el éxîto feliz de sú confianza á los que has revestido con ella; haciendo ceder el interes particular al interes general, las paradoxas y sutilezas de los sofistas ante la eterna é inmutable filosofia de la razon; fundando la moral de ellos sobre el sentimiento religioso, este carácter distintivo de sù naturaleza, único resorte que puede dar una basa sólida á sus leyes; considerándose en fin tales como son, y no como deberian ser; dándose, no las mejores leyes, sino es las leyes que mas les conven-

gan; leyes propias á su clima, á su genio nacional, á su edad política, á sus fragilidades, y aun á sus defectos. Los pueblos viejos y debilitados por sus largas delicias no pueden ser gobernados como unos pueblos simplemente adultos, ó como gavillas de gentes groseras trasplantadas recientemente de las selvas. Se regenera por la fuerza una ciudad aislada, pero en una nacion grande la fuerza solo es buena para reprimir los rebeldes quando la mayor parte está persuadida."

Hace algun tiempo ya que ví algunos planes de pactos sóciales para uno de esos pueblos sublunares. Los tales planes habian sido compuestos por hombres de talento, pero no habian consultado ni la edad, ni el ca-

rácter, ni los vicios, ni las virtudes de su pueblo; aquellos proyectos como que se habian hecho para las costumbres sublimes, y la razon magestuosa de los habitantes de mi planeta, ó del de mi padre Saturno. Todos aquellos proyectistas *habian* oido á su imaginacion en lugar de preguntar á su razon; habian invocado á Febo en lugar de consultarte á tí, ¡ó Minerva!.. Pero un héroe favorito tuyo dará á ese pueblo leyes mas propias de sus costumbres y de sus necesidades. Por mí ya le tengo encargado el órden y la paz.

"Así pues, reunámonos nosotros todos para la felicidad de los hombres, dispensémosles cada uno nuestros dones, pero segun la medida de sus necesidades, y con una justa

proporcion. Que moderen ellos mismos sus deseos con el freno de su razon, que por mas débil que sea, bastará para guiarles. Que Apolo les encante; que la fama celebre sus virtudes y sus hazañas; que Pluto les distribuya sus riquezas y Baco su nectar; que Themis les dicte sus leyes, y Marte les enseñe á defenderlas: en fin que Venus les dispense sus favores, pero que ella se una por un pacto eterno con Minerva, y sobre todo con Hymeneo, y yo salgo fiador de su felicidad."

Aquí la asamblea de los Dioses se inclinó con respeto, y en señal de sumision, ante el trono de Júpiter. Por su parte la amable Venus baxó modestamente los ojos, y se avergonzó con una gracia indecible; pero has-

ta ahora no nos ha sido posible el saber si se habia conformado con la decision de su eterno Soberano.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.